



Ser mujer unen a todas las bolivianas, pero cada mano expresa las diversas vidas de cada una de ellas. Melissa Crane Draper (2006) y Sirley Quiróz (2007-2008).

## CAPÍTULO 7

# Trabajadoras, líderes y madres: mujeres bolivianas en un mundo globalizado

*Melissa Crane Draper*



*Muchos de los capítulos en este libro tratan de momentos específicos de la historia boliviana, cuando su realidad se ha atravesado por fuerzas globales. Este capítulo considera un enfoque diferente al sumergirnos dentro de la vida de seis mujeres, a través de una serie de casos de estudio. A través de ellos vemos las bases de la naturaleza dual de la globalización: sus oportunidades y simultáneamente sus amenazas analizadas a la luz de consideraciones de etnia y clase. Así como las oportunidades se amplían por una mayor conectividad global—desde el trabajo hasta la organización del trabajo internacional— así también se amplían las amenazas que se presentan para los grupos más vulnerables de Bolivia. ¿Quién tiene acceso a esas oportunidades y quién está más afectado por su exclusión?*

*Tal vez más importante; las historias de estas mujeres nos recuerdan que la globalización va mucho más allá de la economía. Su influencia ha llegado no sólo en forma de políticas económicas neoliberales sino también con la afluencia de culturas e ideas del exterior que desafían a las mujeres a decidir cómo quieren ser líderes, madres, esposas, profesionales y miembros de sus comunidades.*

## I. Introducción

Las mujeres bolivianas han sido una parte inextricable del proceso de integración global. Las fuerzas económicas externas han dominado crecientemente la experiencia del país en las pasadas tres décadas. Las políticas macroeconómicas trajeron los principios neoliberales al país a través de la privatización de las minas y de los servicios públicos como la provisión de agua. La carga que han soportado las mujeres como esposas y madres al enfrentar el cierre de las minas

y el desempleo de sus esposos, las forzó a encontrar nuevos tipos de ingresos, como vendedoras en los mercados locales en Sucre, o como vendedoras de jugo de naranja en las calles de Cochabamba.

Cada vez más mujeres ingresan a la fuerza laboral por toda Latinoamérica. En Bolivia, representan 40% de los trabajadores adultos. Ésta es una fuerza laboral que ha sido obligada a ser más flexible para responder a la demanda de eficiencia y bajos costos en medio de una creciente competencia por todos los continentes. Esta creciente demanda por trabajadores flexibles e independientes ha hecho de la mujer blanco fácil de una insuficiente y relajada protección laboral, ya que ellas trabajan cada vez más aisladas de sus hogares, combinando sus responsabilidades como madres, esposas y trabajadoras.

Las redes de la globalización económica, sin embargo, no dibujan la figura completa. Entretejadas en la dimensión económica están las percepciones de la identidad de las mujeres, en repuesta al influjo de ideas e intercambio con valores occidentales que acompañan esa influencia económica. Lo que significaba ser madre, responsable de familia, trabajadora o líder local hace sólo 30 años atrás se ha transmutado rápidamente desafiando a que la mujer juegue papeles más complejos. En algunos casos, esto significa la preservación de valores familiares locales o de la identidad femenina que no armonizan con los principios introducidos del exterior.

En el caso de las políticas de privatización del agua, el impacto económico en las vidas diarias no sólo incluyó las encarecidas facturas de consumo, sino una reconsideración comunitaria de la relación con el agua. Como responsables de los sistemas locales de agua, las mujeres estaban entre los líderes de las comunidades que defendieron incondicionalmente su cultura de agua frente a su comercialización. De manera similar, la cambiante demanda de trabajo no sólo significa que las mujeres deben adaptarse a ser más flexibles, a trabajar independientemente, sino también que las mujeres deben asumir nuevas identidades como trabajadoras y luchar contra la marginalización que acarrea la falta de derechos básicos.

Las formas en que las mujeres frecuentemente son marginadas en una economía global son repercusiones y amplificaciones de su posición en la sociedad boliviana. En un país que es el más empobrecido y con la población indígena más grande de Sudamérica, las mujeres experimentan una extrema forma de exclusión social y política. Dos tercios de las mujeres bolivianas son indígenas. Cerca de 40% de las mujeres que viven en áreas rurales no sabe leer. Los índices de educación de la mujer se ubican consistentemente por debajo del de los hombres, al igual que el nivel salarial por el mismo trabajo. Los índices promedio de fertilidad son tan altos que alcanzan a seis nacimientos por madre en las comunidades rurales. Muchas más mujeres bolivianas mueren al dar a luz que en ningún otro país latinoamericano.

El machismo, o la creencia de que el hombre es intrínsecamente superior a la mujer, es una poderosa fuerza en la sociedad boliviana, base de la exclusión

de las mujeres en la vida pública y privada. Siete de diez mujeres experimentan violencia doméstica. Los sindicatos de las comunidades locales, particularmente en las áreas rurales, continúan excluyendo la participación de las mujeres en los procesos de toma de decisiones comunitarios. En el caso de los sindicatos que han empezado a reconocer la importancia de la participación de las mujeres, como las federaciones de cocaleros en la región del Chapare, mucho del liderazgo de las mujeres ha echado raíces solamente en los últimos 15 años y estrictamente a la sombra de sus homólogos masculinos. El reconocimiento legal de las mujeres como propietarias de la tierra fue iniciado por la ley de reforma agraria de 1996, pero nunca ha sido cumplida. Cuando la discriminación de la mujer como resultado del machismo se combina con su identidad como indígena y campesina, se intensifica su marginalización de la sociedad boliviana. Cuando las fuerzas globales definidas en gran parte por los ideales capitalistas entran al ruedo –donde prevalece la búsqueda constante de la ganancia individual– se agrava la exclusión de las mujeres.

Las mujeres bolivianas experimentan las oportunidades y las amenazas de la integración global de maneras muy diferentes. Una mujer del barrio de gente rica de Calacoto, en La Paz, podría identificarse más fácilmente con una madre de Maryland, EE.UU. que con una mujer aymara campesina que vive a una hora de la ciudad. Las profundas divisiones culturales y de clase, fortalecidas por la creciente desigualdad económica tras la aplicación de las políticas económicas neoliberales, hacen que el acceso de las mujeres bolivianas a las oportunidades de la globalización sea tan diverso como las entidades que representan.

Consecuente con los principios neoliberales, una mujer dotada de una buena educación, hábil para los idiomas, con atractivos físicos y una red de contactos puede acceder al capital, crear sociedades y navegar en los mercados internacionales. Estas son las herramientas que abren las puertas de los sistemas financieros, legales y tecnológicos que proveen acceso al beneficio económico personal en una economía neoliberal. Estas son las herramientas que permiten a una madre joven obtener préstamos de un banco para empezar un negocio o a un empresario acceder a internet para colocar tejidos hechos a mano en galerías de arte en un continente diferente.

Para las mujeres que carecen de estas herramientas –la mayoría de las mujeres bolivianas– poder mejorar sus vidas a través de la globalización económica sólo puede suceder indirectamente, a través de intermediarios. Como resultado, sus beneficios implican amenazas paralelas a la protección laboral, a los derechos básicos del consumidor y a las identidades comunitarias y femeninas. A un nivel macro, esos intermediarios son las elites económicas y políticas que unen fuerzas con las instituciones extranjeras para determinar las políticas macroeconómicas del país. A nivel local, esos intermediarios son extranjeros o elites locales que usan como palanca sus herramientas de educación, recursos y contactos para abrir nuevas oportunidades económicas o sociales.

En última instancia, es la identidad de las mujeres como mujeres –una identidad femenina única– que entreteje todos estos hilos de diferencia de clase y etnia, negocia entre oportunidades y amenazas, entre acceso y exclusión, todo en uno. Las mujeres son distintas por sus características de adaptabilidad y sus capacidades de emprender actividades, sea un negocio o ejercer liderazgo público. También comparten una vulnerabilidad a la exclusión por su calidad de madre, responsables del hogar y trabajadoras en el contexto de una sociedad dominada por los hombres.

Este capítulo entra en la vida de seis mujeres bolivianas a través del espectro de clase, etnicidad y cultura para ver cuán diferente puede ser el impacto de la globalización en las mujeres. Las primeras dos secciones del texto abordan a mujeres y sus asuntos laborales en el contexto de los cambios globales en la fuerza de trabajo y las oportunidades y amenazas que implican. En la primera, una asociación de tejedoras rurales consigue ingresar textiles tradicionales bolivianos a los mercados externos, alentados por un proyecto de desarrollo financiado desde el exterior que también promueve el empoderamiento de las mujeres. Una cooperativa urbana de tejedoras cuenta la historia de cómo las mujeres que trabajan en casa están satisfaciendo el aumento de la demanda exterior por trabajos más flexibles.

En contraste, en la segunda sección conocemos las historias de mujeres profesionales que, respaldadas por una educación y otros recursos toman ventaja individual de la integración global. Estas mujeres no tienen ninguna necesidad de intermediarios, como los que negocian el acceso global a las tejedoras urbanas y rurales. Las historias de estas mujeres muestran cómo dos mujeres profesionales muy diferentes han negociado su ingreso a la globalización en sus vidas, una en el sector privado y la otra como parte del sector social sin fines de lucro.

Finalmente, nos dirigimos a los caminos en que las mujeres de forma individual, aunque tradicionalmente de clases marginadas, han influido en la globalización de la solidaridad y la filantropía para beneficio de los grupos que representan a nivel local. Una lleva el liderazgo de un sindicato femenino de trabajadoras del hogar a un escenario internacional, mientras que la otra trabaja en una organización predominantemente masculina, apoyada por sus homólogas internacionales, pero determinada a mantener su objetivo de cambio a nivel local.

## II. Mujeres trabajadoras: rurales, urbanas y globales

Las vidas de dos mujeres –una de las altas tierras rurales ubicadas al centro de Bolivia y la otra del entorno urbano de Cochabamba– ejemplifican el accionar de las ventanas de oportunidad que la globalización económica ofrece a las mujeres trabajadoras, lo cual provee a su vez algunas lecciones contundentes sobre sus

limitaciones y amenazas. En ambas instancias, los intermediarios han apoyado la creación de empleos para mujeres con el propósito de aumentar sus ingresos y acceder a mercados externos. En el caso de la asociación de tejedoras rurales, un proyecto de desarrollo facilitó la estructura y el apoyo financiero para que las tejedoras puedan aplicar sus habilidades en las técnicas andinas tradicionales de tejido. La cooperativa de tejedoras urbanas accede a mercados externos a través del propietario de un negocio privado, quien las contrata para que hagan productos a mano que no son específicamente bolivianos. Ambos casos muestran también que el principal objetivo de crear trabajos y aumentar ingresos conduce a otros riesgos que estas mujeres deben enfrentar de cara a la globalización, que incluyen su identidad como mujeres y las amenazas a sus derechos básicos como trabajadoras.

### **Severina Vargas: la vida en el altiplano rural**

Chuñu Chuñuni es una pequeña comunidad campesina asentada en la cima de una inhóspita ladera de los altos y centrales valles de los Andes, ubicada a 4 200 msnm. Toma su nombre de *chuño*, una papa seca, deshidratada naturalmente, que una vez fue usada para pagar los impuestos indígenas. El pueblo es accesible por automóvil a través de un duro camino de tierra o a dos horas a pie por una senda angosta que se inicia de la carretera que conecta Cochabamba con La Paz. Casas de adobe pequeñas, hogar de unas 60 familias, salpican la colina. Cuando se llega a pie, las únicas otras estructuras a la vista son las llamas y los corrales para ovejas hechos de piedra, una pequeña iglesia blanca, un cuarto que funciona como sala comunitaria y una escuela primaria. En la pared de un cuarto utilizado para reuniones, donde la comunidad pasa sus clases semanales de alfabetización, frases en lengua indígena quechua son garabateadas en un papel grande y amarillento.

### ***Sola en un pueblo que no es el suyo***

Severina no es nativa de Chuñu Chuñuni. Llegó allí por primera vez como la nueva novia del que poco después sería su flamante esposo, cuya familia extendida vive en el pueblo. Una mujer baja, lleva el pelo en largas trenzas. Sus mejillas quemadas por el viento y el sol del Altiplano, enmarcan una sorpresiva sonrisa.

Ella dejó su aldea de Caripuyo, en el vecino departamento de Potosí, cuatro años antes. Decidió acompañar a algunos parientes en busca de tierra y oportunidades en de la región semitropical del Chapare, donde se cultiva la planta de coca. Allí conoció a su esposo, Emilio, quien le insistió en que regresaran a Chuñu Chuñuni para estar cerca de su familia y empezar su propio camino. En los tres años que siguieron, construyeron su propia casa, regresaron al cultivo de altura y tuvieron dos niños. Además del cultivo de papa la familia tenía llamas,

ovejas y una pequeña tienda en las afueras de la casa donde vendían alimentos enlatados, bebidas, baterías y focos.

Un miércoles del mes de diciembre de 2003, poco después de que Severina se enterara que estaba embarazada de su tercer hijo, su esposo murió en un accidente de camión. Él estaba volviendo del día de mercado con productos para su tienda cuando el camión en el que viajaba se volcó a un precipicio. Severina, viuda y ahora madre soltera de 32 años de edad y con 3 hijos prefirió quedarse en Chuñu Chuñuni. Para mantener a su familia tenía que trabajar mucho más para compensar lo que su marido aportaba. Severina tuvo suerte de encontrar apoyo en su suegra y otros miembros de la comunidad, justamente como funciona el concepto andino de familia, basado en la inclusión y la labor compartida.<sup>1</sup>

Severina es una de las muchas madres bolivianas sin pareja que luchan para tener lo necesario para sobrevivir el mes. En el departamento de Cochabamba, aproximadamente una entre tres mujeres se identifica como madre soltera.<sup>2</sup> Los padres sin pareja y con muchos hijos son los más vulnerables a la pobreza extrema. En una comunidad campesina donde el ingreso económico está estrechamente relacionado a la capacidad del trabajo conjunto de la familia y donde el hombre y la mujer realizan papeles específicos, la pérdida de un esposo o una esposa es más que una traumática pérdida emocional, es una amenaza económica acuciante.

### *Una mujer con muchos oficios*

Mi esposo y yo solíamos trabajar juntos en casi todo. Desde que él ha muerto, las cosas han sido mucho más difíciles. Sus padres me ayudan a preparar los cultivos de papa y a cuidar las llamas, pero aún así es mucho trabajo.<sup>3</sup>

Como muchas otras familias campesinas, Severina tiene sus manos ocupadas al mismo tiempo en muchas actividades económicas. Cultiva papa, vende comida no percedera y otros productos en su pequeña tienda, pastorea llamas y ovejas y teje aguayos (tejidos andinos de lana de oveja para múltiples usos). Es común que las familias rurales como la de Severina se ganen la vida de cinco o seis maneras diferentes. Esto evita su dependencia de un sólo recurso de ingreso y minimiza los riesgos en caso de un año de mala cosecha u otros acontecimientos imprevistos.<sup>4</sup>

La vida y la economía rural son centrales para la identidad de Bolivia y su economía nacional. Si bien la migración a las áreas urbanas está creciendo por toda Latinoamérica, cuatro de cada diez bolivianos todavía vive y trabaja en el campo.<sup>5</sup> La mayoría de los agricultores a pequeña escala se identifican como quechuas, aymaras o grupos indígenas de las tierras bajas y cultivan alimentos para su propio consumo. Como en el caso de Severina, la economía del campesino indígena está basada en ingresos en efectivo y en especie, que incluye la cosecha de cultivos y la tradición de trueque, lo cual es todavía común en muchas comunidades.

### Las mujeres y la economía informal en Bolivia

Al menos tres cuartas partes de las mujeres bolivianas que trabajan lo hacen fuera de la economía formal, donde no hay regulaciones o protección para los trabajadores.<sup>6</sup> En las áreas rurales, esto incluye los sectores de la economía que no operan con dinero en efectivo. Las familias rurales trabajan para su propio sustento –sembrando alimentos, criando animales y cociendo ropa– o hacen trueque unos con otros. La economía rural informal también incluye el dinero en efectivo que una familia puede obtener vendiendo sus cultivos o textiles o atendiendo una pequeña tienda de alimentos.

En la economía urbana informal, las mujeres trabajan principalmente como vendedoras y trabajadoras del hogar y no gozan de regulaciones gubernamentales sobre sus condiciones de trabajo, salarios u horarios de trabajo. Aunque haya menos mujeres que varones en el conjunto de la fuerza laboral, muchas más mujeres dependen de la economía informal para conseguir ingresos. En Latinoamérica se estima que más de la mitad del empleo, sin contar a los trabajadores rurales, cae en el sector informal. En Bolivia esa figura es incluso más elevada: seis de cada diez trabajadores urbanos son parte de la economía informal. De cada diez mujeres trabajadoras siete son parte de la economía informal.<sup>7</sup>

¿Por qué las mujeres entran dentro de la economía informal? En Bolivia, la falta general de empleos significa que haya poco espacio para las mujeres en la economía formal, especialmente para quienes tienen poca educación. Algunas mujeres empresarias eligen tomar ventajas de la flexibilidad que supone hacer funcionar su propio lugar en el mercado local. Otras, como las trabajadoras del hogar jóvenes, ven que trabajar en casas privadas es un boleto para conseguir emigrar de las áreas rurales a la ciudad y construir así una vida autosuficiente.

El sector minero revela el desolador contacto entre las fuerzas globalizantes y las mujeres en la economía informal. Una profunda privatización de las minas bolivianas alentada por las instituciones internacionales en los años 80, ejemplifica cómo las mujeres mineras y esposas de mineros fueron obligadas a trabajar en condiciones de desprotección. Las *palliris*, o mujeres mineras, forman 40% del sector minero informal que ahora domina Bolivia. Las deprimentes condiciones de trabajo mantienen a estas mujeres trabajando en las mal equipadas minas, sin supervisión o protección.<sup>8</sup> Para las familias que abandonaron las minas después de la privatización, sus mejores opciones eran dirigirse a las ciudades en busca de nuevos trabajos. Cuando la crisis económica golpea las mujeres llevan la mayor parte de la carga al compensar con su trabajo el desempleo de sus maridos. Una encuesta reveló que la mitad de las mujeres que venden en las calles de la ciudad de Cochabamba, son esposas de antiguos mineros.<sup>9</sup> Cuando hay escasez de trabajos asalariados y regulados las mujeres bolivianas tienen pocas opciones que hacer lo que puedan en la economía informal.

El cultivo de papa es el centro de la vida de Severina, ya que es el principal alimento básico de su familia. Pasa el mes de octubre sembrando sus campos y en abril los cosecha con la ayuda familiar. Severina también posee dos docenas



de ovejas y media de llamas que no están a la venta. Mata uno de esos animales cada ciertos meses para proporcionar proteína primordial para la dieta de sus hijos. En días lluviosos y durante las noches cuando sus hijos duermen, Severina saca su telar –una simple estructura cuyo diseño data de antes del arribo de Cristóbal Colón– en el que teje aguayos y cintas personalizadas para sombreros, con creativos diseños de animales y formas geométricas propios de ella.

Tejer en la Bolivia rural es una ocupación principalmente de la mujer. Como la mayoría de las mujeres en la región, Severina aprendió a tejer cuando era niña mirando a su madre ensartar rápidamente su pulido hueso de llama a través de los hilos verticales de su telar. Cuando era niña, ella y su madre hilaban la lana mientras caminaban y cuidaban a su ganado. Terminar un telar puede tomar casi dos semanas, o tal vez más, trabajado en los momentos en que no se cuidan los animales o a los niños. La tradición de tejer en las alturas bolivianas data de antes de los tiempos de los Incas, los ancestros de los indígenas quechua de esta región. Una académica describe la importancia de los tejidos andinos, explicando que la mayoría de los quechuas “todavía consideran que la habilidad manual de hilar, teñir y tejer es la sabiduría esencial de la dignidad humana.”<sup>10</sup>

El ingreso en efectivo de Severina proviene principalmente de su tienda y de las ventas de sus textiles en la ciudad. Es probable que gane en un mes entre 40 a Bs. 50 (\$US 5 - 6) en su tienda, mientras que de un aguayo tejido a mano o de un mantel hecho para alguna tienda en Cochabamba, puede llegar a ganar entre 150 y Bs. 200 (\$US 19 - 26). Según estudios de las áreas rurales una familia indígena campesina de seis personas gana anualmente cerca de Bs. 8 900 (cerca a \$US 1 140), mientras en algunas regiones se registran ingresos anuales tan bajos como la mitad de esta cantidad.<sup>11</sup>

La globalización toca la vida de Severina, en Chuñu Chuñuni, de dos maneras distintas. La primera determina su papel en el sindicato local y en el grupo de mujeres y cómo las relaciones entre hombres y mujeres en Chuñu Chuñuni se enfrentan a los conceptos importados de igualdad de género que promueve un proyecto de desarrollo rural. La otra, muestra cómo la asociación local de tejedoras ha incursionado en los mercados internacionales de manera que sus telares puedan proveer de ingresos y mantener la vida de aquellas tradiciones para las nuevas generaciones.

### *Los roles de mujeres y varones en la comunidad*

Los varones y las mujeres en Chuñu Chuñuni comparten responsabilidades pero trabajan de maneras claramente divididas. Las mujeres cuidan de la casa y los niños mientras que los hombres se encargan principalmente de preparar la tierra para sembrarla. Ambos, sin embargo, trabajan en la cosecha, mientras los varones generalmente cuidan la casa y a los niños cuando las mujeres no pueden hacerlo.<sup>12</sup>

La división entre hombre y mujer es más obvia cuando se trata de la educación. Severina asistió a la escuela primaria en su pueblo por cuatro años pero tuvo que dejarla para ayudar a su familia. “Mi madre murió cuando yo era niña y mi padre bebía. Tuve que dejar la escuela para pastar las ovejas y ayudar en la cosecha de papa.” La historia de Severina es común: en promedio, las niñas en las comunidades rurales reciben menos educación que los niños.<sup>13</sup> Patricio Mamani, miembro de la comunidad, afirma que la reforma educativa estatal iniciada a mediados de los años 90 dejó su huella en Chuñu Chuñuni:

Mi madre me decía que cuando yo era chico, las cosas mejoraron mucho en nuestro pueblo: ahora había más niñas que asistían a la escuela. Cuando ella era niña no había más que dos o tres niñas en la escuela.

Si bien el liderazgo de la comunidad está tradicionalmente dominado por los varones, tres organizaciones de mujeres, relativamente nuevas dentro de la comunidad, han abierto nuevos espacios para que las mujeres interactúen y asuman liderazgos. Las mujeres empezaron a participar el 2004, cuando la organización principal de la comunidad, el sindicato, abrió sus puertas al liderazgo femenino.<sup>14</sup> Cada posición jerárquica en la organización tiene un hombre y una mujer como su contraparte. Pero para muchas mujeres asumir un papel de liderazgo no es nada fácil.

Virginia Mamani tiene que lidiar con las presiones diarias para completar su trabajo en casa y cuidar a sus toros.<sup>15</sup> Su esposo Patricio explicó que durante los muchos años de ocupación de su esposa como dirigente, él asumía algunas responsabilidades en su hogar. Sin embargo, la organización de mujeres era muy débil ya que los hombres se resistían consistentemente a la participación de sus esposas en ella. “A muchos hombres no les gusta que sus mujeres sean *dirigentas*. Complica el otro trabajo que ellas tienen,” explicó Patricio. Incluso para algunas mujeres que no tienen la presión en contra de sus maridos, el liderazgo es una idea desalentadora. Severina admitió que no está interesada en involucrarse en la toma de decisiones locales.<sup>16</sup>

Los otros grupos locales de mujeres de Chuñu Chuñuni nacieron de fuerzas originadas fuera de Bolivia. En el año 2001, en respuesta a que los estándares de salud estaban empeorando cada vez más en las áreas rurales, la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID) se asoció con un contratista local para ayudar a establecer un grupo de madres. La idea era ayudar a combatir los altos niveles de desnutrición infantil de la región proporcionando talleres de educación y de comestibles básicos a madres con hijos menores de dos años de edad. Cada madre recibía harina fortificada, aceite para cocinar, lentejas y vitaminas, una colección de productos que Severina apreciaba. En respuesta a la creación del grupo de mujeres, surgió otro grupo: las mujeres que no tenían niños también empezaron a reunirse regularmente. Al imponer las identidades

de ‘madre’ y ‘no madre’ en la comunidad rural de Chuñu Chuñuni, se empezaron a crear sutiles pero falsas líneas de separación entre las mujeres, que de lo contrario podrían haberse organizado juntas. Aunque no era la intención, un simple proyecto de salud realizado por extranjeros en nombre del desarrollo empezó a tensionar la dinámica interna de la comunidad.

Otro proyecto –esta vez enfocado en tejidos– demostraría tener un impacto contradictorio similar. Con la intención de incrementar los ingresos, el proyecto de tejidos también compelió a las mujeres a reevaluar su papel dentro de la comunidad y su potencial de liderazgo.

### *Mujeres y tejido en nombre del desarrollo*

En 2002, la comunidad de Chuñu Chuñuni inauguró una nueva construcción que no se parecía a ninguna de las casas de adobe que los miembros de la comunidad construyeron con sus propias manos. Era una estructura de ladrillo con un techo azul de estaño y una puerta amarilla. Se lee en una placa ubicada a un lado de la puerta: PRODEVAT (Programa de Desarrollo para los Valles de Arque y Tapacarí). La Unión Europea aprobó un proyecto de cinco años de duración para apoyar los esfuerzos de desarrollo en dos provincias del valle alto, Tapacarí y Arque, en el departamento de Cochabamba. Un componente de este programa era ayudar a revitalizar las tradiciones culturales través de incentivar las habilidades locales de tejido. Chuñu Chuñuni fue elegida como uno de los cinco centros de tejido, cada uno de los cuales agrupaba una serie de comunidades pequeñas de tejedoras. Éste coordinaba el trabajo de las tejedoras locales para crear una red de distribución de lana y de tejidos terminados y venderlos a los turistas en una tienda ubicada en el centro de la ciudad, que además se compone de una sala de exposición y un alojamiento.

El proyecto de telares financiado por la Unión Europea se propuso mejorar el ingreso de las mujeres y apoyar el renacimiento cultural al recuperar las habilidades tradicionales de tejido y proporcionar un espacio para venderlos. A largo plazo, el proyecto también intentó construir un mayor respeto por la tradición textil andina y empoderar a la mujer con el aumento de sus ingresos económicos y de oportunidades de liderazgo.

Para cuando la Unión Europea terminó su proyecto en 2003, se había puesto un fundamento con tal éxito que los representantes de la comunidad eligieron mantenerla y encontraron otros fondos para que se desarrollara hacia su completa sostenibilidad. Después de todo lo dicho, la asociación proporciona ahora ingresos para aproximadamente 300 familias de tejedoras. Esto ha permitido que se disminuya la tendencia a la emigración de estas comunidades a la ciudad.

El objetivo principal del proyecto era promover el involucramiento de las mujeres en el liderazgo de la asociación de tejedoras para que pudieran ser productoras y administradoras del proceso entero. Sin embargo, el proyecto tropezó

cuando las mujeres de las comunidades se rehusaron a dirigir la asociación. Ellas explicaron que ya estaban demasiado ocupadas y ¿cómo podrían añadir las tareas que implica el ejercer una posición de liderazgo a su cantidad de trabajo como madres, esposas, pastoras y agricultoras? Dejen que los hombres lo hagan, respondieron ellas. Según investigaciones encargadas por la Unión Europea, la resistencia de las mujeres al ejercicio de su liderazgo era resultado de dos situaciones. La primera, la falta de educación, especialmente la capacidad de leer, lo que causa que no se sientan seguras al manejar documentos y hablar en público. El porcentaje general de analfabetismo en Bolivia fluctúa alrededor de 7% para los varones y 20% para las mujeres; en las áreas rurales, más de un tercio de las mujeres no puede leer ni escribir.<sup>17</sup> La segunda situación era la ausencia de otros ejemplos de mujeres en sus comunidades que hayan sido líderes.<sup>18</sup>

“El empoderamiento de las mujeres” se hizo una frase común entre las instituciones de desarrollo en los años 90, cuando las instituciones de mayor desarrollo –dirigidas por Naciones Unidas e incluyendo al Banco Mundial– reconocieron audazmente la centralidad de las mujeres en la ‘lucha contra la pobreza.’ El año 2000 se incluyó la igualdad de género y el empoderamiento de las mujeres en una de las ocho prioridades de desarrollo –referidas como Las metas de desarrollo del milenio (GDM, por sus siglas en inglés)– ratificadas por 191 países. La idea detrás de los objetivos de GDM es que si los países promueven la educación de las niñas, los altos niveles educacionales consecuentes tendrán un profundo impacto en la exclusión y la pobreza a la que la mujer es vulnerable después en su vida.

Pero, ¿cómo debería ser aplicado el ‘empoderamiento’ en aisladas comunidades quechua y aymara sin imponer conceptos de género del exterior que no caben? ¿Podrían determinar los extranjeros cómo deberían verse las relaciones de género o debería ser una decisión de las mujeres y los varones de cada comunidad?

Esas preguntas son parte de una lucha mayor que Bolivia tiene con otro aspecto de su interacción en un mundo globalizado: el papel de los programas de desarrollo dirigidos por grupos del exterior. En el caso del proyecto de tejedoras de la Unión Europea, las intenciones parecían nada más que positivas; una inyección de fondos en comunidades campesinas para que proporcionaran mejores ingresos y reconocimiento para las tradiciones textiles. Bolivia es, sin embargo, un país saturado de proyectos de desarrollo que con frecuencia son asociados a intereses corruptos. Como resultado, las iniciativas de desarrollo en Bolivia llevan una gran carga negativa.

Ese escepticismo se dirige particularmente a las Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Ejemplos de fondos del exterior mal gastados y poca responsabilidad hacia las comunidades con las que trabajaban han dado una mala reputación a estos grupos de la sociedad civil. El año 2006, se levantaron cargos formales presentados por los sindicatos de mujeres en La Paz en contra

de dos ONG porque, los sindicatos argumentaron, las organizaciones estaban solicitando y recibiendo más fondos externos en nombre de los sindicatos pero sin su involucramiento. Las críticas de académicos bolivianos sugieren que la burocracia de las ONG obstruye, en vez de apoyar, el proceso de las comunidades indígenas y rurales para desarrollar su propia forma de ciudadanía.<sup>19</sup> Esto tiene grandes implicaciones para las mujeres bolivianas que son el grupo objetivo principal de las ONG internacionales y locales.

El proyecto de textiles es sólo un ejemplo de cuán frágil puede ser la relación entre los programas de desarrollo y las comunidades rurales. Cualquiera que sea el proyecto –pequeño o grande y aparentemente libre de motivaciones políticas– inevitablemente genera consecuencias imprevistas a una comunidad cuyas estructuras sociales no son completamente comprendidas por los extranjeros. En el caso del proyecto de salud dirigido por USAID, las intenciones y los resultados registrados, según los participantes, fueron muy positivos. Las mujeres dijeron que la información y los alimentos que se les dio les han ayudado a cuidar mejor a sus bebés.<sup>20</sup>

Por otro lado, la creación de una nueva organización de mujeres basada en la singular identidad de madre entre las mujeres, conspira contra la más integrada y múltiple identidad de las mujeres en la comunidad y aísla a las madres jóvenes de las otras mujeres que no caben dentro de la misma categoría. Esta perspectiva de los proyectos de desarrollo, de crear nuevas organizaciones que se superponen o desplazan a los grupos locales existentes, se ha repetido a través de Bolivia produciendo trastornos considerables en comunidades, desde las tierras bajas del Chapare en Cochabamba hasta las remotas poblaciones del Altiplano.<sup>21</sup>

¿Qué significa todo esto para Severina? El proyecto de textiles es un estímulo para su ingreso económico mensual y una estrategia adicional que la ayuda a no ser dependiente de sólo una o dos fuentes de ingresos. Sin la infraestructura de la asociación de tejedoras y el interés de los extranjeros, ella podría no haber empezado a enseñar a su hija la destreza de tejer, lo cual habría empujado a la tradición a una mayor probabilidad de extinción. Ahora su comunidad es reconocida como un centro de tejido de alta calidad elevando la apreciación de la cultura de textiles en las tierras altas quechua y aymara a nivel nacional e internacional. En el horizonte existe la posibilidad de exportar los tejidos –en forma de almohadas, manteles y textiles para colgar de la pared– a los mercados exteriores de Estados Unidos y la Unión Europea. En cuanto a sus posibilidades de asumir algún tipo de liderazgo, Severina dice que tal eventualidad no está fuera de la posibilidad. Tal vez cuando sus niños sean mayores.

### **María Choque: tejiendo para *Saks Fifth Avenue***

En el verano de 1994, María Choque dejó su pequeño pueblo minero de Colquechaca en las montañas del norte de Potosí y vino a la ciudad. Tenía tan solo

22 años cuando llegó a Cochabamba con su madre, padre y cinco hermanos.<sup>22</sup> Pasó toda su niñez y adolescencia en la comunidad en que su padre se dedicaba a la minería del estaño, plata y zinc. Los campamentos mineros se asientan a una altitud de más de 4 000 m, mientras su padre trabajaba en unas minas ubicadas a unos 4 500 metros sobre el nivel del mar. Colquechaca, una vez famosa por haber producido más cantidad de plata que cualquier otra mina en Bolivia en el siglo XIX, fue cerrada en 1994 mediante un decreto gubernamental y dejó a sus mineros sin empleo.<sup>23</sup> Colquechaca es uno de los muchos ejemplos de minas clausuradas por los requerimientos de la reestructuración económica, reformas que fueron promovidas por instituciones de afuera y aplicadas por una elite política boliviana.

La educación de María –y la de sus hermanos– es un asunto de mucho orgullo para su familia. Gracias en gran parte a la severidad de su madre todos sus hijos se graduaron del colegio secundario. La educación universitaria, sin embargo, estaba todavía fuera de su alcance. Su madre murió después de que la familia se mudara a Cochabamba y la situación económica de su padre exigía que los hijos trabajaran, dejándolos sin tiempo para estudiar. Cuando tenía 23 años se casó con un joven cochabambino que trabajaba en lo que podía, desde la construcción hasta chofer de taxi.

Cuando su primer hijo tenía pocos años de edad, María encontró trabajo como tejedora en un negocio privado con base en Cochabamba que exporta ropa y bolsas hechas a mano. Por más de nueve años y hasta ahora ha contribuido al ingreso de su familia como tejedora principal para el negocio que surte de bolsas hechas a mano, con fino acabado, para nichos de mercado en EE.UU. y la UE. Ella dirige entre 20 a 40 tejedoras locales, que viven todas en su barrio, y que terminan productos diseñados en Los Ángeles o Nueva York. En total, el propietario del negocio tiene un equipo de 400 empleados que pueden trabajar con cueros y tejidos.

Los trabajadores están organizados en cooperativas como la de María y cada uno trabaja desde su casa en coordinación con la directora de su asociación. “Para nosotras, eso es más cómodo [trabajar desde la casa] porque podemos estar cerca de nuestros hijos y cuidarlos. Especialmente para las que tenemos bebés a quienes siempre hay que estar mirándolos,” explicó María.

El trabajo de María es como el de un gerente que administra una pequeña compañía subcontratada. Ella es la persona de contacto que administra a las tejedoras sin la supervisión del propietario del negocio. El dueño recibe una orden de 50 suéteres para bebé desde Italia; María ofrece un tiempo estimado de trabajo y el costo de los materiales; supervisa la división del trabajo entre el grupo de tejedoras y entrega el producto al propietario para recibir el pago una vez que los suéteres estén terminados.

¿Por qué han empezado a emerger compañías –como la que emplea a María– en países en desarrollo, desde Guatemala a Tailandia? Con simplemente apretar

un botón los productos creados por una cooperativa de trabajo local, como la de María, son conectados con consumidores extranjeros a miles de kilómetros de distancia. Sólo en Cochabamba, las estimaciones sugieren que entre 5 000 a 6 000 mujeres que trabajan en cooperativas informales similares a las de María, crean suéteres tejidos a mano y otros productos para la exportación.<sup>24</sup> Los avances de la tecnología y la facilidad con la cual los productos pueden ser transportados permiten a los diseñadores subcontratar la producción en un país al otro lado del mundo, para conseguir los productos que necesitan, por salarios mucho más bajos que los existentes en EE.UU. o Europa. Como la competencia crece en el mercado, los gastos generales y los costos laborales deben ser minimizados. La producción masiva se mueve a países como China, donde la oferta de trabajo es casi infinita. Los productores que han encontrado un nicho de mercado, como para los que María trabaja, no intentan competir con las *Chinas* del mundo; tienen como objetivo específico los mercados de acabados finos donde la ventaja comparativa no se encuentra en salarios muy bajos y en un interminable número de trabajadores, sino en salarios bajos combinados con las habilidades de trabajar materiales finos para la creación de líneas de productos exclusivos.

Estas características del mercado global demandan una fuerza de trabajo flexible. El modelo de negocios bajo el cual María trabaja es un ejemplo que ilustra cómo los pequeños negocios crean una fuerza de trabajo modular flexible para satisfacer sus necesidades de mantenerse competitivo. Los estilos se actualizan y los gustos cambian. Para que los productos cubran esas demandas, la fuerza de trabajo tiene que tener un rango de destrezas considerables y capacidad de realizar productos únicos en un corto periodo de tiempo. Para mantener los costos bajos para el negocio los trabajadores son contratados sólo cuando se hacen pedidos y se requieren ciertas destrezas específicas. Como María lo explicó: “Nosotras realmente no tenemos horarios. Cuando tenemos trabajo tenemos que trabajar duro.”

La creciente demanda por una fuerza de trabajo flexible en el nombre de la eficiencia y la competencia en un mercado globalizado se traduce también en la incertidumbre económica y la total ausencia de protección laboral para los trabajadores. Las horas y los salarios no están ajustados a una escala oficial. Los beneficios no se garantizan. La posibilidad de organizarse para temas laborales se hace más difícil cuando el trabajo se realiza en casas individuales y con un mínimo de contacto con los compañeros de trabajo. Además de ello, el perfil más común en el creciente número del trabajo en casa son las madres jóvenes, lo cual implica que sus responsabilidades se multiplican al ser jefa de hogar, madre y trabajadora. Anteriormente, María podría haber trabajado en una fábrica grande con una fuerza de trabajo sindicalizada, beneficiándose de salarios colectivamente negociados y con protecciones gubernamentales y estatales. En Bolivia y en todo lado, esta modalidad del empleo está siendo suplantada con algunas más flexibles y fragmentadas, tal como la cooperativa que María dirige.

Este régimen laboral flexible contrasta claramente con las históricas organizaciones laborales por las cuales Bolivia es tan famosa internacionalmente. Las condiciones de trabajo en las minas bolivianas bajo los llamados “Barones del estaño” en los departamentos de Potosí y Oruro, catalizaron los movimientos sindicales de los mineros a principios de los años 40 conduciendo al país a la Revolución de 1952 y a la creación de la Central Obrera Boliviana (COB), la matriz de los sindicatos de trabajadores bolivianos. En los años 60, las mujeres de la mina Siglo XX, una de las comunidades bajo el control del Barón del estaño, Simón Patiño, se organizaron con mucho éxito para apoyar a sus esposos en la lucha por mejores salarios y libertad de organización. Es este legado de organización popular que ha llevado a las mujeres trabajadoras, desde empleadas domésticas hasta fabriles en la industria de zapatos, dentro un mundo sindical en el que han ejercido su creciente poder para recibir un mejor trato y salarios más justos.

Como el acceso a mercados globalizados crece día a día, los bolivianos, y las mujeres bolivianas en particular, tienen que responder a esta cambiante demanda laboral y crear caminos para salvaguardar sus derechos. Decenas de miles de mujeres alrededor del globo son trabajadoras con base en sus casas, invisibles a las regulaciones gubernamentales y sin reconocimiento de los derechos laborales en sus condiciones de trabajo, salarios o beneficios. La Organización Internacional del Trabajo empezó investigaciones sobre esta creciente fuerza laboral a principios de los 80, y varios países ahora las reconocen legalmente. El gobierno boliviano, sin embargo, se quedó atrás en dicho reconocimiento a este tipo de trabajadoras y en proveer básicas protecciones legales por sus condiciones de trabajo.<sup>25</sup> Esto deja las puertas abiertas a los administradores y propietarios de negocios para poner sus beneficios y eficiencia por sobre el bienestar de sus trabajadoras, relegando las garantías laborales básicas.

En el caso de la situación de María, la buena voluntad del propietario ha ayudado a compensar la falta formal de protección laboral. El dueño del negocio maneja un sistema informal de apoyo financiero para pagar los costos de salud de las trabajadoras y ha empezado un programa de cuidado dental que regularmente atiende a sus empleadas y sus familias. Sin embargo, el empleo de buena voluntad no es sustituto del reconocimiento y la protección legal. Por cada empleador como el de María, hay numerosos ejemplos de otras personas ansiosas y dispuestas a explotar el trabajo flexible. Son bien conocidas las historias de trabajos sobreexplotados en maquilas, en Bolivia y en otras partes.

En última instancia, los trabajadores necesitan luchar por un nuevo marco de salvaguardas que responda a las nuevas flexibilidades de las demandas laborales. A largo plazo eso incluye la aprobación de nuevas leyes laborales y mejorar la vigilancia al trabajo por parte de las oficinas gubernamentales y de las asociaciones de trabajadores. La formación de los trabajadores necesitará enfocarse más en el entrenamiento individual sobre derechos laborales, establecer canales para recibir quejas y apoyar a los inspectores de trabajo. Esta nueva fuerza laboral



de trabajadores contractuales también necesita nuevas maneras de satisfacer los beneficios básicos como son el seguro de salud y el retiro. Como resultado, la organización laboral deberá utilizar estrategias innovadoras para cabildear al gobierno para que realice tales cambios.

Un nuevo modelo de sindicatos laborales está emergiendo en respuesta a esta creciente fuerza laboral móvil e independiente. En EE.UU., los consultores, trabajadores independientes y empresarios han encontrado maneras de vincularse entre profesiones para abogar por su reconocimiento como trabajadores y su protección legal. El Sindicato de Trabajadores Independientes, fundado en 2003, está echando raíces en la ciudad de Nueva York y moviéndose a través de EE.UU., con más de 40 000 trabajadores independientes que ya se adscribieron como sus miembros.<sup>26</sup> A partir de ahora, el Sindicato de Trabajadores Independientes no está tomando en cuenta la amplia gama de las funciones tradicionales de los sindicatos; se centra más en conseguir seguros a bajo costo para sus miembros en vez de negociar con sus empleadores. Pero allana el camino para crear un grupo de defensa laboral más amplio que pueda unir a los trabajadores independientes para asegurar una red de seguridad básica de beneficios a través de negociaciones con corredores de seguros y mediante presiones que logren aprobar legislaciones que favorezcan a los trabajadores independientes. En Bolivia, una amplia organización similar podría beneficiar al trabajo realizado desde el hogar, a jardineros independientes o a albañiles. Según un activista local por los derechos de trabajadores, con sede en Cochabamba, se han realizado intentos de crear tal tipo de sindicato para los trabajadores bolivianos y especialmente para las mujeres, pero han tenido poco éxito. A los ojos del gobierno, estos trabajadores todavía no existen.<sup>27</sup>

El fenómeno de los ‘responsables’ es otra importante amenaza para las mujeres trabajadoras bolivianas. El hecho de que el propietario del negocio monopolice la atracción de clientes extranjeros a la producción local, indica cuán dependiente puede ser a un sólo punto de acceso, una fuerza laboral que busca sacar ventaja de los trabajos creados a través de la interconexión creciente de los mercados globalizados. Al igual que la asociación de tejedoras, la manera en la cual un grupo de base o de trabajadores de clase baja urbana acceden a mercados extranjeros se realiza mayormente por medio de un individuo de alto nivel educativo y con buenas conexiones. En los dos casos aquí examinados –el grupo de tejedoras rurales y las cooperativas– uno o dos extranjeros son los puntos de apoyo de los negocios. De esta manera, la relación de los trabajadores con los mercados, precios y consumidores está completamente mediada por esos individuos que se especializan en tender puentes entre culturas, satisfacer las expectativas de los clientes extranjeros y manejar las relaciones internacionales de los negocios. De modo parecido, la dirigente de las tejedoras es un tipo de ‘responsable’ que opera entre los grupos de tejedoras y la administración central. Esto hace que se aisle aún más a las mujeres trabajadoras y se libere a la dirigente

de las tejedoras y al propietario de los negocios de cualquier responsabilidad sobre asuntos de trato y pago justos.

Por un lado, las flexibilidades que se requieren ofrecen ciertos beneficios a las mujeres, en particular la posibilidad de trabajar cerca de sus hijos y en horarios flexibles que pueden combinar bien con sus responsabilidades del hogar. Por otro lado, la ausencia de protección legal y la demanda de la globalización por mercados laborales flexibles también abren nuevas puertas al abuso.

Además del nuevo marco laboral económico que desafía a que los trabajadores se ajusten a un nuevo tipo de fuerza laboral y a su falta de garantías, estas tejedoras, como muchos otros sectores de Bolivia, enfrentan también otro desafío de una economía cada vez más interconectada: tienen que luchar contra la volatilidad del trabajo influenciado por las reglas comerciales extranjeras escritas a un continente de distancia.

### *Las políticas comerciales estadounidenses y las tejedoras de Cochabamba*

María vive muy lejos de las oficinas de Washington donde se toman las decisiones comerciales internacionales, pero las decisiones que allí se asumen afectan considerablemente su vida. Las negociaciones políticas que rondan las preferencias comerciales entre EE.UU. y Bolivia tienen consecuencias potenciales para María y sus compañeras tejedoras en Cochabamba. (Para mayor información sobre temas de comercio y Bolivia, ver el Capítulo 5)

Desde 1991, Bolivia ha tenido acceso especial a los mercados estadounidenses bajo las preferencias arancelarias que norman la exportación de textiles, preferencias que benefician directamente a los productos que María y otros hacen en Cochabamba. Primero, estas preferencias llegaron bajo la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas (ATPA, por sus siglas en inglés) y después de 2002 hasta 2006, bajo la Ley de Promoción Comercial Andina y Erradicación de las Drogas (ATPDEA, por sus siglas en inglés). Los acuerdos permitieron que Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia exportaran varios productos incluyendo textiles y piezas de cuero a EE.UU., sin tener que pagar ningún tipo de arancel. Estos acuerdos preferenciales son parte de las políticas antidrogas estadounidenses, ya que en su opinión, más gente dedicada a las industrias del textil y el cuero hace que menos gente se dedique a cultivar coca para producir cocaína. Las Preferencias también han servido de anzuelo para que los gobiernos mantengan sus medidas antidroga a cambio de un importante estímulo de las exportaciones textiles a los EE.UU. En 2006, los líderes republicanos en el Congreso estadounidense trataron de utilizar las preferencias como una ‘barra’ en el tema del libre mercado, amenazando con cancelar los acuerdos como castigo por la oposición de Bolivia al Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA).<sup>28</sup> En junio de 2007, el ATPDEA fue renovado por ocho meses más después de una iniciativa diplomática de la administración de Morales.

Las preferencias comerciales como las nombradas son importantes para los negocios como para el cual María trabaja, y por extensión, por las fuentes de trabajo que crea para mujeres como ella. Sin embargo, el acceso a los mercados de EE.UU., en última instancia, está en manos de los negociadores comerciales bolivianos y de los políticos estadounidenses. Si EE.UU. estuviera dedicado a desarrollar la economía en países semejantes a Bolivia, sus políticos promoverían estas preferencias junto a una consistente asistencia al desarrollo para asegurar que el crecimiento económico sea sustentable. Sin embargo, con demasiada frecuencia aquellas decisiones están basadas en el razonamiento político en lugar de en las necesidades de Bolivia para lograr un desarrollo económico.

### **La feminización de la migración global boliviana**

En el transcurso de tan sólo dos meses, a fines de 2006, los periódicos locales informaron que 30 000 bolivianos dejaron el país para irse a España.<sup>29</sup> Considerando que siete de cada 10 bolivianos son mujeres, se traduce en 21 000 mujeres que salieron de Bolivia en sólo 60 días.

La ‘feminización’ de la migración es un fenómeno que continuará creciendo si Bolivia no puede desarrollar más oportunidades para las bolivianas en su propio país. Las consecuencias de políticas económicas inadecuadas o equivocadas y los programas de desarrollo que se han quedado cortos en sus objetivos durante las pasadas décadas –y particularmente sin un necesario enfoque en la estabilidad de las mujeres en la economía– han resultado en el éxodo masivo de los bolivianos a lugares como Europa y a los países vecinos de Bolivia.

El factor de la migración cobra un alto precio a las mujeres bolivianas. La creciente tendencia a la emigración es una clara consecuencia de la falta de trabajos en Bolivia, combinada con las demandas de trabajo laboral en países como Argentina, EE.UU. y España. Como bolivianos en busca de trabajo las mujeres son atraídas por la alta demanda en el exterior por trabajos domésticos, particularmente para el cuidado de niños y ancianos. Esto refleja el aumento de mujeres en Europa y en otros lugares del mundo industrializado que están trabajando más fuera de sus casas. Como amas de casa de sus propias familias las mujeres se ven obligadas a abandonar a sus hijos creando penosas divisiones en la familia. La familia, como unidad económica, es trastornada y las mujeres se ven forzadas a adaptarse a nuevos papeles. (Para mayor información sobre la migración boliviana, ver el Capítulo 8).

### **III. Mujeres profesionales**

Las mujeres que se adscribieron a los movimientos sociales de Bolivia y a los tres principales pueblos indígenas del país –quechua, aymara, y guaraní– dominan la literatura sobre la mujer en Bolivia. Si bien un análisis sobre el país no puede excluir a aquellos grupos, sería incompleto sin abordar el papel de la mujer de

clase media y alta que juega una importante labor en el desarrollo de Bolivia, en términos políticos, económicos y sociales.

Entre los que han aprovechado las ventajas de la globalización económica en el país, están muchas de sus mujeres profesionales. Equipadas con una enorme serie de ventajas, tales como las del acceso a la educación, a trabajos asalariados y a una red de contactos, estas mujeres han negociado las oportunidades a su favor. Rosa Hernández es una indiscutible partidaria de los principios de las políticas económicas neoliberales que han abierto nuevos mercados en los cuales puede expandir su negocio privado y disminuir los costos de los productos que quiera consumir. Teresa Hosse ha tomado nuevas oportunidades a través de la filantropía global que le han permitido aplicar sus conocimientos a los desafíos que enfrentan las mujeres y comunidades en las áreas rurales de Bolivia. Ambas han usado su educación, el apoyo de su familia y su propio esfuerzo para crear exitosas vidas como madres, esposas y también como profesionales.

### **Rosa Hernández: una triunfadora en la globalización económica**

El 8 de marzo de 2007, con su marido a lado, Rosa dio a luz a su primer hijo, Andrés. A diferencia de la mayoría de las mujeres bolivianas que dan a luz bajo condiciones de pobreza y sin acceso a cuidados médicos, Rosa tenía su propia habitación en una de las clínicas privadas de Cochabamba. En un país que tiene uno de los mayores porcentajes de mortalidad materna en el mundo, la situación de Rosa es poco frecuente. Tanto como uno de cien recién nacidos en las regiones indígenas rurales pierde a su madre al nacer.<sup>30</sup>

Rosa es como muchas otras mujeres bolivianas en el sentido de que tiene una fuerte voluntad y es una superviviente. Cuando nació, los médicos le dijeron a su madre que la recién nacida iba morir dentro de pocos días. Contra toda predicción, ella luchó y sobrevivió: un antecedente del espíritu de persistencia que le ha ayudado a construir una carrera, un matrimonio y, ahora, una familia. Ella es una de las historias exitosas de la globalización y es la primera en identificarse como una de sus mayores partidarias.<sup>31</sup>

La educación era altamente apreciada en su familia de cinco miembros y ella continuó con la experiencia de su hermana mayor al completar sus estudios universitarios –en administración de empresas– y continuó estudiando hasta conseguir una certificación en seguros. Después de graduarse por la privada Universidad Católica de Cochabamba, Rosa entró al sector privado trabajando como gerente de mercadeo y ventas para una empresa local de lácteos. Después de cambiar una posición laboral en un departamento del banco donde trabajaba su madre, ella y su madre unieron fuerzas en el 2006 y crearon su propia compañía de asesores de seguros. Cimentado en el portafolio original de clientes de su madre, ahora ellas han cuadruplicado sus negocios y cuenta con alrededor de 2 500 clientes; y el negocio continúa creciendo.

### *Cambios generacionales*

*Abuelita*, como Rosa se refiere afectivamente a su abuela, nunca supo nada más que ser un ama de casa: cuidar a la familia, cocinar y cuidar la casa. Rosa atribuye su éxito al ejemplo que le ofreció su madre. Un ama de casa en los primeros 10 años de la vida de Rosa, su madre empezó a trabajar en el sector de seguros cuando tenía 40 años de edad. Completamente nueva en la industria, estaba determinada a dominarla. Incluso lo hizo sin perder el contacto cercano con sus hijos gracias, en gran parte, al apoyo que su madre le ofreció ayudándola a trabajar desde la casa, atender el hogar y cuidar a los niños. Pero Rosa está desafiando el modelo de su madre como una madre profesional. Trabajó hasta el día en que Andrés nació, gracias a que su madre y ella son sus propias jefas. Fue capaz de regresar a trabajar a tiempo completo dos semanas después de dar a luz, ya que podía tener a su bebé con ella todo el tiempo.

Sin la ayuda de la *abuelita*, ni Rosa ni su madre podrían haber trabajado sin tener que contratar a una trabajadora doméstica para que hiciera el trabajo de casa. La abuela de Rosa es responsable del funcionamiento de la casa –desde cocinar el almuerzo diario para seis personas hasta cuidar la casa. Sin embargo, Rosa y su mamá son las que limpian la casa y lavan ropa, tareas que hacen solo después de un día completo de trabajo con el pequeño Andrés a su lado. Aunque las mujeres siguen con sus papeles múltiples diarios, las redes familiares ayudan a liberar a las mujeres jóvenes de sus responsabilidades de mantener una casa y les abren la posibilidad de conseguir trabajos más demandantes y mejor remunerados.

Como más y más mujeres llegan a ser profesionales, y las madres y abuelas no están disponibles para cuidar a los niños, las mujeres jóvenes dependen aún más de la ayuda de las trabajadoras del hogar para el cuidado de sus niños y de sus casas. Es el crucial papel de las trabajadoras del hogar lo que permite a las mujeres madres profesionales salir de sus casas y eludir los deberes del hogar para ser profesoras, banqueras y abogadas. Aunque esto podría traducirse en una doble oportunidad –en términos de las mujeres que entran a la fuerza laboral– el respeto y reconocimiento al papel de las trabajadoras del hogar en esa relación, como trabajadora formal, es en gran parte ignorada por la sociedad y por la falta de leyes laborales.

### *Percepciones de oportunidades*

El trabajo de Rosa fue creado por las necesidades del mundo globalizado. Sus clientes trabajan en el comercio internacional y sus capacidades laborales han hecho posible que tenga acceso a la información y a la comunicación constante con sus homólogos del exterior, vía internet. Para ella, la globalización representa una oportunidad. Ella apunta a su madre, quien ha aplicado su espíritu empresarial y ahora es una mujer de negocios que ha generado empleo para seis otras personas sólo en su oficina.

El trabajo de Rosa está basado en una red de seguros nacionales e internacionales. Mantiene contacto con compañías en Argentina y Chile, de manera que sus clientes de compañías de transporte puedan tener una cobertura similar al cruzar las fronteras bolivianas. Ella asegura a compañías de camiones, exportadores de pisos de madera y a hombres de negocios que viajan al exterior regularmente. Cuando una compañía local en Bolivia exporta productos de madera a Alemania, Rosa es quien se ocupa de las inspecciones y de reembolsar el dinero a los clientes si dichos productos llegan dañados a su destino.

La oportunidad de un mundo globalizado es también lo que su hermana Ana María aprovechó cuando el mercado laboral de Cochabamba se estropeó para ella, el año 2001. Preparada como ingeniera industrial, su hermana trabajó como consultora privada de varios proyectos para la municipalidad y el gobierno regionales. “Ella era adicta al trabajo,” dijo Rosa sobre su hermana. “Pero para ella era imposible continuar trabajando [en Bolivia]. No sentía que era respetada por sus capacidades.” Los constantes cambios en el gobierno causaron que sus clientes rara vez le pagaran a tiempo, si es que lo hacían. Ella asumió el riesgo y se trasladó a EE.UU. donde la inestabilidad política de su país no inhibiría su oportunidad de trabajar. En el transcurso de cinco años se convirtió en una de las principales gerentes de una firma privada ubicada en las afueras de Washington DC, donde ella vive en medio de una floreciente comunidad de inmigrantes bolivianos. Acaba de comprar una casa y ahora supervisa a más de 30 personas en su trabajo.

Rosa encuentra difícil entender cómo la mayoría de los bolivianos critica constantemente las fuerzas de la globalización, cuando se benefician cada día de los productos importados del exterior y de los ingresos de la ayuda extranjera. “Piensa acerca de los celulares,” dijo. “Solían costar \$US 1 500 cuando llegaron por primera vez. Ahora, gracias al mercado internacional y la competencia, los precios han bajado a \$US 40, una cantidad que casi cualquier boliviano puede juntar. Nos permite comunicarnos, hacer el trabajo, ser más eficientes.” Un mundo más interconectado, ella arguye, permite a las mujeres bolivianas hacer contacto con otras y ver oportunidades diferentes a las tradicionales expectativas que sitúan a las mujeres en la casa. Para Rosa, la globalización es un vehículo para desafiar a un arraigado machismo y redefinir las limitaciones que la sociedad impone a las mujeres.

### **Teresa Hosse: Dirige una ONG para el desarrollo rural**

En 1982 las protestas estudiantiles eran más una norma que una excepción en las calles de la ciudad de Cochabamba. Los estudiantes de la Universidad Mayor de San Simón eran los principales protagonistas en la lucha contra el régimen dictatorial de García Mesa, y Teresa Hosse estaba entre ellos.<sup>32</sup> Le tomó siete años terminar su carrera por las constantes interrupciones del programa académ-

mico universitario debido a móviles políticos. Los soldados supervisaban cada sala de clase y a los alumnos, mientras exigían a los padres firmar documentos comprometiéndose a que sus hijos no se involucrarían en política.

Teresa proviene de una familia de clase media acomodada donde su mayor desafío era la severidad de su padre y sobrevivir como la única hija mujer en medio de tres hermanos. Su madre tomó un papel de subordinación a su padre, quien era médico y el único sostén de la familia. Su madre, sin embargo, siempre la animaba a pensar más allá del mundo de un ama de casa y convertirse en profesional. Como una de las mejores estudiantes de su clase, empezó a trabajar simultáneamente en una de las primeras Organizaciones No Gubernamentales de Cochabamba. Ese trabajo plantó la semilla que transformó su manera de ver el mundo.

En la ciudad tienes todo lo que podrías necesitar. Si vas a dos horas fuera de la ciudad de Cochabamba, ¿qué encuentras? Una lógica completamente diferente sobre el mundo y cómo vivir.

Un proyecto de mercadeo para producir suéteres de lana de llama en una pequeña comunidad, la llevó a áreas rurales alejadas de la ciudad. Estaba fascinada por lo que había encontrado: un total contraste al mundo de la ciudad que ella conocía muy bien. Teresa ya estaba picada de interés cuando alguien le ofreció conectarla con un grupo que realizaba periódicos bilingües para el área rural, y se lanzó al ruedo.

Desde 1984 hasta 1987, la comunidad indígena de Raqaypampa se convirtió en su segundo hogar. Una remota aldea en el extremo sudeste del departamento de Cochabamba, Raqaypampa no es sólo famosa por sus intrincados tejidos y por su producción tradicional de papas sino también por ser un área afectada por la ayuda externa dirigida a la agricultura. La Revolución Verde había sido introducida a Bolivia siguiendo la severa sequía entre 1982 y 1983. La ‘revolución’ dirigida por fundaciones estadounidenses y USAID promovió nuevas formas de tecnología agrícola –pesticidas, fertilizantes y sistemas de irrigación– para incrementar la producción agrícola en los países en desarrollo. Una oleada de ONG se instaló en la región de Cochabamba para importar su revolución verde. Sin embargo, lo que Teresa encontró en el área rural de Raqaypampa no fue el éxito que esperaba. Las comunidades que empleaban las herramientas de la revolucionaria tecnología verde en realidad estaban peor que antes en términos de nutrición.

El trabajo de Teresa se fusionó con el de su mentor, Pablo Regalsky, cuando él fundó el Centro de Comunicación y Desarrollo Andino (CENDA) en 1985. Ella continuó trabajando como parte del equipo de investigación que analizaba las diversas estrategias que los campesinos agricultores utilizaban para la producción y venta de sus cultivos. Ella atribuye el crédito a Pablo, un argentino que ha

estado trabajando en Bolivia con comunidades rurales por más de 20 años, de iniciar el cuestionamiento de estas imposiciones del exterior y concienciar a las comunidades rurales sobre el valor de sus sistemas tradicionales de producción. “CENDA fue como una escuela para nosotros...” explicó Teresa. “Todos nosotros evolucionamos juntos bajo la dirección de Pablo.”

La sospecha general sobre las ONG, la mayoría financiadas por fundaciones y gobiernos extranjeros, fue con lo que Teresa y sus colegas tuvieron que lidiar desde el primer momento que visitó Rayqapampa. Pero muy pronto fue obvio para la gente de la comunidad que Teresa y sus colegas habían hecho un compromiso a largo plazo y tenían la voluntad de intercambiar, no sólo dictar ideas y conocimientos. Ella siempre llegaba a la comunidad con regalos de las ediciones del periódico bilingüe quechua-español que CENDA produce. Teresa fue testigo del lento proceso de reflexión y apreciación de la comunidad Rayqapampa sobre las tradiciones que han estado guardando por generaciones y que tratan de su relación con la tierra y su cultura quechua.

A pesar de su gusto por la investigación de campo, su nuevo papel de madre en 1987 la llevó a permanecer cerca de su casa y se involucró más en la recolección y análisis de la información del equipo de investigación. Tan sólo tres años después, en 1990, fue invitada a unirse al equipo ejecutivo administrativo de CENDA. Su preferencia por estar en el campo continuó, pero sus nuevas responsabilidades administrativas en planificación y supervisión financiera de la organización fueron paralelas a su necesidad de estar cerca de su esposo y sus hijas.

Ella pudo realizar un trabajo a tiempo completo y aún tener tiempo para compartir con su familia porque contaba con su madre y una trabajadora del hogar en la casa para cuidar a sus hijas y mantener la casa en orden. Su marido coordinaba con ella para que los dos no viajaran al mismo tiempo e incluso llegaron a un acuerdo que les permitió conseguir a cada uno, un grado de maestría en distintos años mientras el otro cuidaba a la familia y la casa. El compartir las responsabilidades fue clave para el éxito de las carreras de Teresa y de su esposo y para sentar un ejemplo para que sus hijas sigan una trayectoria similar.

En 2000, CENDA rompió con la tradición y nombró a una mujer para su más alto puesto, cuando Teresa fue invitada a ser la directora.

### *Las redes globales del desarrollo: amenazas y oportunidades*

Varios factores externos han dejado huella en CENDA y en la experiencia profesional de Teresa. Mientras la perspectiva del sector privado en el que trabaja Rosa transcurre en la positiva influencia de las fuerzas globales, Teresa ha sido testigo, por medio de su trabajo, de sus contradictorias consecuencias. Mientras trabajaba en su tesis de licenciatura conoció las erradas soluciones prescritas por los extranjeros para que Bolivia lidie en su lucha contra la sequía a principios de los años 80. Los gobiernos extranjeros y las ONG financiadas desde el ex-



terior iniciaron proyectos de desarrollo con manejo de tecnologías que fueron aplicadas con muy poco respeto por el conocimiento ancestral de las propias comunidades.

Los principios fundamentales del trabajo de CENDA yacen en el respeto por el conocimiento existente y la experiencia de las comunidades campesinas. No imponen conceptos del exterior. En vez de ello, trabajan con los miembros de la comunidad para reflexionar sobre su situación, ofrecerles herramientas y presentarles ejemplos respetando los sistemas ya establecidos. Si una idea atrae a la gente, entonces puede crecer entre los valores propios de la comunidad. “No es fácil,” admitió Teresa.

Particularmente en lo referente a las políticas de igualdad de género, Teresa tiene que poner distancia entre los valores que ella mantiene en su propia casa con sus dos hijas adolescentes y aquellos de las comunidades rurales con quienes CENDA trabaja. “Nosotros, como institución, empezamos desde el punto que se tiene que entender la lógica de una comunidad en relación al papel de la mujer,” explica. Así, en el caso de mejorar la participación de la mujer –que para muchos foráneos sería un objetivo obvio a alcanzar– “uno tiene que seguir el ritmo [de la comunidad] y en última instancia tiene que ser un proceso que provenga de ellos.” Es un proceso que involucra un compromiso a largo plazo, una voluntad de aprender y paciencia de parte de las personas que trabajan en proyectos de desarrollo; una combinación de características extrañas para la red de instituciones que requieren resultados tangibles para justificar sus gastos.

A pesar de sus críticas constructivas acerca de las presiones extranjeras y su miopía, la existencia de CENDA todavía depende de la fuerza global de la filantropía externa. La organización toma sus decisiones con cautela, seleccionando a sus patrocinadores que no pueden imponer condiciones en el trabajo de CENDA, de manera que pueda mantener su completa independencia. Teresa comparte otro importante beneficio que considera que la globalización ha traído al trabajo de CENDA: en años recientes han podido abrir nuevos canales de intercambio con otros grupos que realizan un trabajo similar con grupos indígenas en otras partes del continente, como en Ecuador. A diferencia de los comienzos de los 80, cuando trabajaba en un relativo aislamiento, CENDA puede ahora compartir las lecciones aprendidas en Rayqapampa y hacer comparaciones útiles con trabajos similares realizados a miles de kilómetros de distancia.

#### **IV. Mujeres líderes: desde lo local hasta lo global**

Las mujeres bolivianas tienen una inusual propensión al liderazgo. Los desafíos de las desigualdades de clase sin precedentes y una voluntad excepcional de su gente para exigir sus derechos son los ingredientes de una poderosa mezcla que ha producido un amplio número de comprometidos líderes de base.

La imagen de Bartolina Sisa se encuentra en oficinas, salas de asambleas y colegios por todo el país. Bartolina, una india aymara, luchó contra los españoles junto al líder indígena Túpac Katari y murió a la edad de 26 años en 1782, brutalmente asesinada por las fuerzas españolas.<sup>33</sup> Ella se ha convertido en símbolo del orgullo indígena, del liderazgo de las mujeres y del compromiso total –hasta la muerte– de la lucha contra la discriminación y la subordinación a los extranjeros.

Domitila Chungara vivió los conflictos en las minas durante la época de las dictaduras militares, la valiente líder del Comité de las Amas de Casa en la comunidad minera de Potosí. La explotación de los mineros y la mano dura de los dictadores a lo largo de los años 60 y 70 la empujaron a denunciar el ultraje, los apresamientos y las masacres que los mineros y sus familias sufrían. A pesar de haber sido apresada, golpeada y con su familia en la lista negra, ella se rehusó a permanecer callada.

Tengo un profundo rencor en mi corazón por todas las atrocidades que hemos sufrido... la represión era muy fuerte y la familia ha sufrido mucho. Era precisamente por eso que yo creía que no debía estar callada ya que habíamos sufrido tanto.<sup>34</sup>

El legado de la violencia y el sufrimiento en las minas no ha sido olvidado. Tampoco las maneras de organizarse contra cualquier cosa percibida como una mano dura impuesta desde el exterior. Los hijos y nietos de los mineros, muchos de los cuales fueron relocalizados en las tierras bajas de las regiones donde se cultiva coca después de que muchas de las minas fueran cerradas a mediados de los 80, trajeron con ellos el concepto de los sindicatos. Las hijas y las nietas de aquellos mineros sintieron el mismo rencor que Domitila sintió cuando Estados Unidos promovió la erradicación forzosa de las plantaciones de coca que se inició a fines de los 80 y las comunidades locales fueron otra vez expuestas a la violencia y el maltrato.

Los símbolos del heroísmo femenino se difundieron por todas las regiones de Bolivia. Nicolasa de Cuvene es para las tierras bajas de los indios mojeños lo que Bartolina Sisa es para las mujeres quechuas y aymaras. Nacida en la época en que Bolivia fue fundada como república en 1825, Nicolasa se rehusó a traicionar a su esposo cuando los españoles la torturaron para obtener información.<sup>35</sup> Las mujeres de la región usan su nombre para evocar determinación, lealtad y resistencia. Los programas de liderazgo llevan su nombre hasta nuestros días. Muchas generaciones después, las mujeres de Moxos jugaron otra vez un papel histórico en la marcha de 34 días de duración por el Territorio y la Dignidad, en 1990, que empezó en las tierras bajas del oriente y terminó en la ciudad de La Paz, obteniendo nueva visibilidad para las demandas de mayor participación de los grupos indígenas en el departamento de Beni.

De este legado provienen las historias de dos mujeres bolivianas cuyo heroísmo contemporáneo muestra cómo el liderazgo presente está influenciado por las fuerzas globales.

### **El liderazgo de las cocaleras, cortesía de la ‘guerra contra las drogas’**

*Nuqanchik warmis jina sumaq organizasqa kanchik imaptinchus kay injusticia kaptin*  
 “Nosotras, las mujeres, nos hemos organizado bien, gracias a las injusticias que hemos sufrido”

En la región productora de plantas de coca del Chapare, en Cochabamba, este dicho en quechua señala cuánto ha afectado la ‘guerra contra las drogas’ promovida por EE.UU. el desarrollo del liderazgo de las mujeres. Las mujeres comenzaron a organizarse en 1980 en respuesta al inicio de la erradicación forzosa de las plantaciones de coca, fundamentalmente en apoyo a los sindicatos de cocaleros, dominados por los varones. A mediados de los años 90 los líderes cocaleros se dieron cuenta que esas mujeres eran un recurso no explotado en sus esfuerzos de resistencia al aumento de la militarización y la violencia asociadas a las políticas antidroga establecidas desde el exterior. En 1997, las mujeres participaron por primera vez en las elecciones para la elección de la dirigencia sindical en el Chapare, formando una estructura de liderazgo paralela a la de los varones.

El ejemplo del liderazgo de las mujeres en el Chapare se ha extendido mucho más allá de las regiones bajas de la selva e inspira a los líderes de los movimientos sociales por toda Bolivia. “El Chapare es nuestra escuela,” explica una líder de una comunidad de las tierras altas.<sup>36</sup> Al aumentar la visibilidad de las mujeres como líderes de la comunidad, otras comunidades que una vez se resistieron a la participación de las mujeres han empezado a abrir posiciones nuevas y formales para su liderazgo. Sin embargo, cuando ellas asumen estos nuevos papeles muchas mujeres deben seguir luchando para encontrar un balance de poder compartido junto a sus homólogos masculinos, quienes todavía se manejan con un machismo subyacente.

Desde el año 2005, bajo el gobierno del MAS, las líderes cocaleras están haciendo mucho más que una sola presencia en niveles nacionales e internacionales. Tres de estas mujeres ahora ocupan posiciones jerárquicas importantes en la administración de Morales: la presidenta de la Asamblea Nacional Constituyente, la líder del partido político MAS y la ministra de Justicia. (Para mayor información sobre la coca y la guerra contra las drogas, ver el Capítulo 6).

### **Casimira Rodríguez: de adolescente explotada a ministra de Justicia**

A fines de 1979, en una soleada tarde de un domingo cuando sólo tenía 13 años, Casimira Rodríguez dijo adiós a su familia, se subió a un camión en su pequeño pueblo de San Vicente, rumbo a la ciudad.<sup>37</sup> Una pareja que había visitado su pueblo repetidas veces, habló amablemente con sus padres en el idioma nativo quechua, esa tarde en la humilde casa de adobe familiar. Ahora la estaban llevando

a Cochabamba donde le esperaban educación, ropa nueva y trabajo. Ella incluso sería capaz de enviar dinero a sus padres, la pareja había prometido, para que pudieran tener verduras y así variar la repetición de papa y maíz, la base de su dieta. Su nerviosismo estaba mezclado con la emoción de la posibilidad apoyar a su familiar para que tenga un ingreso mayor.

La sensación de mariposas en el estómago rápidamente amainó cuando se dio cuenta que su vida no iba a ser lo que se había imaginado. Ella llegaba a una casa extraña de familia de clase media baja en la parte sur de la ciudad, donde fue encerrada en la casa y le dijeron que no podía salir. Durante dos años Casimira trabajó sin salario, 17 horas diarias; cocinaba, limpiaba y hacía el trabajo doméstico para una familia de 15 personas. La única vez que se le permitía salir de la casa era cuando llevaba una solución química de raro olor que tenía que echarla discretamente en la laguna Alalay. Ella no sabía que esos líquidos nocivos eran químicos que se usaban para fabricar cocaína. Se enteró de esto cuando una noche la policía irrumpió en la casa. Casimira tenía 14 años de edad.

La suerte de Casimira cambió el día en que se oyó un suave golpe en la puerta y escuchó la voz de su madre murmurando en quechua que estaba allí para llevársela de regreso. Un amigo en común había llevado noticias a San Vicente sobre la situación de Casimira. Nunca había pensado que estaría tan contenta de regresar a su pueblo, ubicado a más o menos 10 horas de distancia de la ciudad en autobús, por un camino de tierra lleno de baches. Se quedó un año más con su familia y continuó sus estudios antes de decidir volver a Cochabamba en busca de trabajo, otra vez como trabajadora del hogar, en 1981. Poco tiempo después, empezó a organizar a algunas de sus compañeras que hacían el mismo trabajo e intercambiaron experiencias y estrategias de sobrevivencia. Cuatro años más tarde, en diciembre de 1985, ayudó a constituir el sindicato de trabajadoras del hogar de Cochabamba. Lo que no sabía era que esto, al final, la proyectaría a un escenario global.

### *Construyendo un movimiento de mujeres trabajadoras, local y globalmente*

Más que cualquier otro sector, las trabajadoras del hogar son especialmente difíciles de organizar. Organizaciones laborales latinoamericanas trataron por décadas de apoyar a estas mujeres a organizarse, pero su invisibilidad hizo muy difícil llegar a ellas.<sup>38</sup> A diferencia de otros grupos laborales las trabajadoras del hogar no tienen un lugar central, físico –como una fábrica, universidad u oficina– donde pueden recopilar información laboral con regularidad y donde podrían empezar a organizarse. Estas mujeres trabajan aisladas, detrás de puertas cerradas.

Antes de 1985, no existía apoyo para las trabajadoras del hogar bolivianas. Prácticamente todas son mujeres y provienen de comunidades indígenas quechuas y aymaras o de otros pueblos indígenas. La mayoría migra de las áreas rurales antes de la edad de 15 años, con muy poca educación y casi nada de español que

les ayude a desenvolverse en la ciudad y en su trabajo. Algunas vienen a trabajar por muchos años y entonces regresan a sus pueblos e inician su propia familia. Otras nunca dejan la ciudad.<sup>39</sup> Se estima que 90% de ellas vive en las casas donde trabajan. Sin ninguna protección bajo leyes laborales hasta el 2003, eran unas de los trabajadores más marginados en Latinoamérica.<sup>40</sup> Su invisibilidad imposibilita confirmar cálculos de cuántas casas emplean a trabajadoras del hogar. Pese a que una nueva ley exige un salario mínimo de Bs. 500 (\$US 60), algunas todavía no reciben nada a cambio de su trabajo. Casimira calcula que 40% de los empleadores cumple con el salario mínimo, mientras que la mitad de todos los empleadores les paga menos que el salario mínimo.

A diferencia de la mayoría de los grupos laborales, las trabajadoras del hogar tienen conexiones con cualquier grupo social. Si una persona no está directamente relacionada a una trabajadora del hogar, es muy probable que se beneficie de su trabajo en su propia casa. La mayoría de las familias urbanas y rurales empobrecidas están relacionadas a alguien –hermana, madre, hija, prima– que trabaja en una casa cocinando, limpiando y cuidando a los niños o a los ancianos. No solamente los altos ejecutivos de negocios y los políticos nacionales dependen del trabajo de estas mujeres, sino también los de clase media baja como profesores y empleados gubernamentales.

El sindicato de trabajadoras del hogar es distinto de otros sindicatos de base y organizaciones que componen Bolivia, porque su circunscripción y liderazgo está completamente compuesto por mujeres. Otros movimientos sociales han desarrollado estructuras paralelas de liderazgo de mujeres en los puestos altos de la organización, pero la naturaleza de mezcla de género de sus miembros y la tradición todavía mantienen la toma de decisiones clave en manos de los varones.

El sindicato de trabajadoras del hogar ha construido alianzas estratégicas exitosas con otros movimientos sociales. Sin embargo, no ha sido tan fácil construir solidaridad con otros grupos de mujeres. Aunque las trabajadoras del hogar tienen como objetivo acabar con la amplia discriminación social hacia la mujer, los indígenas y el estigma del trabajo doméstico, estas mujeres todavía enfrentan discriminación. De acuerdo con algunas trabajadoras del hogar, esto incluye a otras mujeres dentro de los movimientos sociales y especialmente a las mujeres de clase media y alta. Las profesoras, funcionarias gubernamentales y mujeres de negocios que se han liberado para trabajar fuera de la casa por contar con una trabajadora del hogar, han fracasado consecuentemente en apoyarlas. Esto muestra cuán profunda es la discriminación, aun entre mujeres y particularmente entre clases sociales.<sup>41</sup>

A principios de los años 90, un liderazgo importante que incluyó a Casimira empezó a organizar sindicatos de trabajadoras del hogar en cada una de las cinco ciudades principales y un movimiento empezó a presionar por la creación de un sindicato a nivel nacional. A través del sindicato central, las mujeres empezaron

a intercambiar experiencias, asistir a talleres de organización y a entrenarse con la idea de establecer una ley nacional de derechos laborales para las trabajadoras del hogar. En 1993, la Federación Nacional de Trabajadoras del Hogar de Bolivia fue fundada en la ciudad de Cochabamba y la propuesta para aprobar la ley ganó nuevos aliados entre otros líderes de movimientos sociales y políticos. Casimira fue elegida como la representante máxima del sindicato nacional de 1996 a 2001. En febrero de 2003, con Casimira como su representante principal, la Ley de Regulación del Trabajo Asalariado del Hogar fue aprobada por el Congreso nacional. Por primera vez, las trabajadoras del hogar tenían el derecho de exigir vacaciones pagadas, trato justo en el lugar de trabajo y un salario mínimo.

### *El apoyo global transforma el movimiento y su liderazgo*

*De pie frente a 8 000 mujeres metodistas en un estadio lleno en California, EE.UU. a sólo un kilómetro de Disneylandia, Casimira Rodríguez describió su vida como joven adolescente: una esclava en una casa donde el abuso verbal era la norma y donde no había lugar para la esperanza.*

Durante sus periodos como líder local y nacional en Bolivia, Casimira atrajo interés del exterior y trabajó para relacionar las organizaciones de trabajadoras del hogar con socios internacionales. Las fundaciones y organizaciones sin fines de lucro de Europa y EE.UU. empezaron a apoyar pequeños proyectos, asambleas nacionales sindicales e intercambios a países extranjeros donde las trabajadoras del hogar podían compartir sus experiencias. Por los años 90, varias organizaciones multilaterales tales como la Organización Internacional del Trabajo y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) empezaron a ser mucho más activas con el sector de las trabajadoras del hogar. Empezaron a conducir estudios regionales sobre las condiciones de trabajo, alojar conferencias y crear nuevos espacios para el intercambio con las trabajadoras del hogar en tópicos relevantes tales como la emigración y el tráfico humano.

El liderazgo personal de Casimira entró a la esfera internacional cuando en 2001 fue elegida como Secretaria General de la Confederación Internacional de Trabajadoras del Hogar de Latinoamérica y El Caribe. Fundada en 1988 en Bogotá, Colombia, la Confederación se convirtió en la plataforma de las trabajadoras del hogar latinoamericanas para convertir a su movimiento en uno global. Como la representante principal del sindicato internacional hasta el 2006, Casimira expandió los contactos y el apoyo del movimiento a países más allá de Latinoamérica, incluyendo India, Holanda, Italia, y EE.UU. Con giras de conferencias que incluían la universidad estadounidense de Harvard o talleres en el Foro Social Mundial en India, la mujer que una vez fue una trabajadora doméstica esclavizada en Cochabamba, pudo ayudar a compartir las experiencias de las trabajadoras del hogar alrededor del mundo. Ella explicó:

He tenido suerte de aprender de otras mujeres. He escuchado historias de una mujer en el Medio Oriente y de una trabajadora doméstica en México. Hemos dormido en el suelo juntas, hemos compartido nuestras estrategias, hemos aprendido unas de otras. Somos más fuertes por eso.

La experiencia de Casimira es sólo un ejemplo de cómo el apoyo internacional al liderazgo de las mujeres ha crecido exponencialmente en las pasadas dos décadas. Las líderes de base, tales como Casimira, han creado con dificultad sus propios espacios para compartir sus historias y construir sus capacidades de liderazgo de manera que se conviertan en puentes por los cuales extranjeros y bolivianos creen futuras asociaciones.

Los movimientos internacionales y las redes de trabajo han proliferado ahora que viajar y acceder al internet se han hecho accesibles a las personas alrededor del globo. En 1992, la Vía Campesina fue establecida como una red de grupos campesinos que trasciende las fronteras nacionales para coordinar las organizaciones de campesinos, incluyendo a las mujeres campesinas. Trabajan con la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia, Bartolina Sisa (FNMCB), e incluso demandaron la liberación de mujeres líderes cuando el gobierno puso cargos en contra de las mujeres asociadas a los movimientos de los cocaleros. En 2001, activistas de 41 países descendieron en Cochabamba, Bolivia, cuando la red de Acción Global de los Pueblos (PGA por sus siglas en inglés) se reunió para hablar de tópicos sobre la tierra, los derechos de las mujeres y la política económica global que eran comunes a países en los cinco continentes. La red de PGA organiza internacionalmente protestas y comparte información en ocho idiomas diferentes.

Los beneficios del intercambio global son claros. El compartir ideas y experiencias construye estrategias y anima a la colaboración. También abre espacios para emergentes líderes locales, como sucedió en el caso de Casimira. El sindicato regional en Cochabamba y la Central Obrera Boliviana (COB) tienen una nueva generación de líderes jóvenes, en sus veinte años, que están asumiendo responsabilidades y dirigiendo un movimiento en expansión. “Hemos abierto mucho desde 1999,” explicó Casimira. “Así como nuevas puertas se abrieron para mí más allá de las trabajadoras del hogar, mis compañeras empezaron a representar [a los sindicatos locales y nacionales] por toda Bolivia y en otras partes de Latinoamérica.”

Cuando el liderazgo local se hace global, las oportunidades para los líderes se atemperan por las amenazas a sus responsabilidades si es que no se mantienen cercanamente vinculados a sus bases. Los líderes de base que son puestos en una suerte de *jet set* –al viajar frecuentemente a nivel internacional– pueden hacer cuestionar los fundamentos mismos de su legitimidad. Cuando las conferencias y los proyectos del exterior extraen a un líder de su comunidad, fácilmente pueden lograr que pierdan la conexión existente con sus compañeros y con los

líderes de su distrito. Un hombre de Cochabamba habló sobre un líder de un movimiento social que llegó a ser conocido internacionalmente. “Él no ya no tiene una base. Continúa haciendo estos viajes de fantasía fuera del país, pero se ha olvidado de dónde viene,” dijo.<sup>42</sup> En un país donde los movimientos sociales están basados en acciones comunitarias para luchar contra las desigualdades históricas, el surgimiento de un líder al estrellato rápidamente levanta cuestionamientos y críticas.

### *Una nueva cara en la política boliviana*

El llamado llegó muy tarde en la noche del 19 de enero de 2006, a sólo dos días de la inauguración del primer presidente indígena de Bolivia, Evo Morales. El que iba a ser el primer mandatario de Bolivia llamó a Casimira Rodríguez esa noche para pedirle que vaya urgente a La Paz. El día siguiente, Morales repitió la pregunta que le había hecho muchas veces años antes: cuando yo sea presidente, ¿vas a ser una de mis ministras? La respuesta de Rodríguez trazaría un curso muy diferente para su vida de lo que ella había imaginado sólo unos días antes.

En su primera reunión de gabinete a las 5 de la mañana en el palacio presidencial, ella miró a su alrededor y vio a 12 varones y tres mujeres, ninguna de ellas tenía las largas trenzas y la pollera tradicional que lleva puestas cada día. Aunque sea un símbolo de orgullo para muchas mujeres quechua y aymara, la pollera, la blusa de encaje y el chal que fueron adoptados de los españoles, frecuentemente levantan miradas discriminadoras de otros bolivianos, incluso ahora. Como ministra de Justicia de la primera administración dirigida por indígenas, Casimira rápidamente se convirtió en la cara del cambio radical frente a los anteriores gobiernos. En el pasado, se rehusó a aceptar repetidas ofertas para ser candidata del partido del Movimiento al Socialismo (MAS) porque no estaba interesada en entrar en la política. Sin embargo, como representante de la mayoritaria población indígena del país –y con una base social que alcanza casi a cada casa en el país– eligió aceptar el nombramiento como ministra.

Casimira no estaba libre de detractores: la asociación nacional de abogados pidió su renuncia porque no estaba preparada como abogada. Una asesora de una prominente política estadounidense, citando la falta de una educación formal de Casimira, se quejó de que ella estaría “destinada al fracaso” y que era un peligroso ejemplo de incompetencia que podría estar dañando el futuro papel de las mujeres en la política. Casimira no era la mujer política convencional, pero su nombramiento como ministra provocó un diálogo importante a través del país y del continente sobre la representación de los indígenas históricamente excluidos y especialmente sobre las mujeres. Sólo sentando ejemplos de liderazgo se empezará a cambiar la tan profunda y arraigada discriminación en el país.

El papel de las mujeres en la política boliviana ha tenido una historia sombría. Por décadas, la representación de las mujeres en el Congreso rondaba un



dígito, una condición que cambió tan sólo en 1997, cuando se creó un sistema de cuotas que exigía que un tercio de los candidatos de los partidos políticos fueran mujeres. Pero aún así, esas cifras se ubican muy por detrás de los varones. Las cifras incrementadas de dicha participación de la mujer, en realidad no se traducen en igual cantidad de legisladoras electas. Además, es importante notar que un aumento de la representación de las mujeres no necesariamente significa que ellas desarrollen políticas en temas que afectan a las mujeres.

El asunto de la competencia y las capacidades aumenta los desafíos que las mujeres deben afrontar cuando asumen cargos de responsabilidad. Cuando la educación es un lujo para la mayoría de las mujeres bolivianas, pocas tienen la experiencia o los antecedentes que las preparan para ser avezadas políticas. Cuando esto se combina con el machismo ampliamente arraigado, las mujeres se convierten en blanco de las críticas de los partidos de la oposición y de la prensa. Las críticas al presidente Morales por el nombramiento de una mujer como presidente de la Asamblea Constituyente, por ejemplo, la señalaron como otro ejemplo más de la estrategia política masculina que designa a mujeres cuya lealtad es más valorada que sus capacidades.

El ascenso de estas mujeres líderes está claramente vinculado a la globalización. La elección de la primera administración gubernamental indígena en la historia de Bolivia –ampliamente basada en el evidente descontento hacia las recetas externas en estas dos últimas décadas– ha encumbrado a más mujeres en los altos rangos de la política. La administración de Morales se precia de contar con el mayor número de mujeres en puestos de alto rango en comparación con que cualquier otra administración previa. “Las mujeres tienen que ser parte de este cambio profundo en nuestro país,” remarcó Casimira.

El apoyo que obtienen aquellas mujeres líderes en política y entre los movimientos sociales y los grupos de la sociedad civil, ha crecido en los últimos 20 años con un fuerte sentido de solidaridad globalizada de parte de sus similares en otros países y de patrocinadores extranjeros. Y ahora que las mujeres se están convirtiendo en líderes más visibles, especialmente entre los grupos indígenas, continuarán siendo retadas a definir sus propios estilos de liderazgo que no se sometan a los comunes modelos occidentales sino que se establecen de modo particular y en relación con sus comunidades. Empieza con ejemplos de mujeres líderes como Casimira, quien comenzó a romper arraigados estereotipos desafiando los conceptos preestablecidos de lo que significa ser mujer, indígena y líder.

Casimira renunció formalmente como ministra de Justicia en enero de 2007, en una ceremonia en el Palacio de Gobierno, en el mismo salón donde había jurado un año antes. Ahora la gente la detiene espontáneamente en las calles para agradecerle por su trabajo en el gobierno. “Ud. nos ha dado esperanza.” “Nosotros tenemos mucha confianza en Ud.,” le dicen. Muchachas adolescentes en la ciudad de El Alto, cerca de La Paz, le dicen lo mismo. “Una escucha su historia y las mujeres jóvenes se sienten iluminadas. Les da mucha esperanza

saber que hay una mujer que ha sobresalido tanto por tener el éxito que tiene,” nos cuenta una profesora local.<sup>43</sup>

Casimira no cuadra en el ejemplo de una mujer política de alta sociedad con una buena educación que encaja con el ideal del modelo occidental. Pero ella es equilibrada, diplomática y tiene confianza en sí misma, y tal vez lo más importante: es honesta y comprometida con su representación de un sector de la sociedad que ha sido excluido del sistema político boliviano desde el principio.

### **Carmen Peredo: una líder detrás de la escena**

Carmen Peredo, en ese entonces de sólo nueve años de edad, estaba agarrando la mano de su tío para cruzar el Prado, la calle principal que transcurre por el centro de la ciudad de La Paz. Cuando empezaron los disparos, se agarró de la mano de su tío con más fuerza y vio con horror a un estudiante herido tirado en el suelo. Otros cayeron a su lado. Más tarde, le preguntó a su tío lo que había ocurrido, pero su explicación fue inútil. No podía entender cómo un gobierno podía matar a su propia gente.<sup>44</sup>

Sucedió a principios de 1971, un periodo tumultuoso en la historia de Bolivia. El General Juan José Torres era entonces presidente; una posición que mantendría por menos de un año antes de que otro General, Hugo Banzer Suárez lo derrocará por un golpe militar y empezara una nueva era de represión y violencia. Ahora, después de 45 años, Carmen todavía recuerda ese momento. Ella asegura que esos acontecimientos guiaron el trabajo de su vida, los cuales la han colocado a la vanguardia de una de las luchas clave contra la globalización de su país: mantener el control del agua en Bolivia.

Nació en una familia de 12 personas en el pequeño pueblo de Tiquipaya, en las afueras de Cochabamba, y fue enviada a La Paz a vivir con sus parientes para aliviar la carga de sus padres. La represión en el Prado causó que se cuestionara todo sobre su país. Carmen regresó a su familia en Tiquipaya para cursar la escuela intermedia donde empezó a leer y preguntarse insaciablemente sobre la situación política del país. Para cuando ingresó al bachillerato, ya era una líder local en una de las organizaciones de la comunidad que trabajaba con campesinos, y con mujeres en particular. A sus 15 años, se convirtió en un miembro activo del Partido Socialista.

### ***Los usuarios del agua se unen: la Federación de Regantes***

El despertar que ella sintió ese día en el Prado ha alimentado su profundo compromiso, evidente en su trabajo como fundadora y ahora como asesora principal de la Federación Boliviana de Regantes. La administración comunitaria del agua es común en varias partes de Bolivia, especialmente en las regiones donde los servicios del gobierno nunca han llegado y las estructuras de la comunidad

tradicional han permanecido intactas. Como en algunas áreas se han introducido nuevos sistemas de administración –algunos a través de esquemas privatizadores del agua– las comunidades locales han luchado fuertemente por conseguir que sus sistemas tradicionales sean reconocidos.

El papel de Carmen en la lucha se inició en 1992, cuando empezó a trabajar con los usuarios locales del agua en Tiquipaya. Dos años más tarde, la semilla de una idea echó raíces: las comunidades en la región necesitaban una federación que centralice a los cientos de comités locales de agua y sienta las bases de una acción conjunta. En octubre de 1997 se fundó la Federación de Regantes de Cochabamba. Dos años más tarde, las fuerzas de la globalización propulsarían a Carmen a la vanguardia de una batalla nacional.

En noviembre de 1999, el Comité Ejecutivo de la Federación decidió juntar en una reunión de emergencia a los líderes clave de los movimientos sociales de Bolivia: el acuerdo de la privatización del agua había sido firmado bajo puertas cerradas por el gobierno nacional, que entregaba a un consorcio de compañías extranjeras el control sobre el sistema de agua pública de Cochabamba. El compromiso también amenazaba entregar a las compañías extranjeras el control sobre el agua de los sistemas rurales. Siete días más tarde, los líderes regantes se reunieron con el líder de los trabajadores fabriles de Cochabamba, Oscar Olivera, y juntos formaron la Coordinadora por el Agua y la Vida que condujo en el 2000, a la ahora famosa Guerra del Agua. (Para mayor información sobre la Guerra del Agua en Cochabamba, ver el Capítulo 1).

Después del triunfo de la Guerra del Agua por la coalición de grupos de la comunidad, la Federación empezó a realizar talleres por todo el país y se inició una importante discusión sobre el agua a nivel nacional, su importancia para los indígenas y las comunidades campesinas, y cómo debería manejarse su administración. Mediante este diálogo surgió la propuesta de establecer una organización nacional que lucharía para lograr políticas favorables a las estructuras tradicionales de la supervisión del agua. Actualmente la organización coordina con comunidades agrarias y campesinas en siete de los nueve departamentos de Bolivia.

“Algunas personas piensan que yo soy propiedad de la Federación,” bromea Carmen. Las horas que pasa cada día en la Federación le harían pensar a uno que ella realmente lo es. Ella no es una líder electa; hace posible que los planes generales se conviertan en realidad y como resultado de ello se ha ganado el respeto y la confianza de los usuarios de agua locales y de su liderazgo. Carmen se nombra a sí misma como “asesora.” Recibe regularmente llamadas del presidente Evo Morales, con quien ha trabajado muy de cerca, desde la organización de protestas callejeras poco antes de la Guerra del Agua hasta la distribución de tractores a los campesinos de la región donados por el gobierno de Venezuela.

Si uno profundiza un poco más, encuentra que la Federación funciona sin altibajos –desde cada taller, pasando por conferencias y hasta la coordinación

intraorganizacional— gracias al trabajo de cinco mujeres competentes, todas bajo la dirección de Carmen. Aunque todos los líderes elegidos por la comunidad que componen el comité ejecutivo de la Federación son varones, son realmente las mujeres que echan a andar las cosas. Con una notificación previa de pocos días, aquellas mujeres movilizaron 18 000 personas de los alrededores de Cochabamba para marchar hacia el estadio de la ciudad y llamar así la atención sobre los temas del agua cuando las cabezas de los Estados sudamericanos se reunieron en la Cumbre de Presidentes en diciembre de 2006. “Y ésa es sólo una fracción de nuestras bases [de los comités de regantes],” observó Carmen.

Ahora que el presidente de la Federación, Omar Fernández, llegó a ser senador de la República, ella reflexiona sobre la oportunidad de haber estado en el gobierno. Al final, dice que se alegra de haberse quedado en la Federación de Cochabamba porque el trabajo de Fernández a nivel nacional se complementa con sus responsabilidades al interior de la Federación, resultante en una red de trabajo mucho más efectiva de lo que la Federación había contado antes. “Hemos conseguido hacer muchas más cosas este año con Fernández en La Paz y yo aquí. Es increíble,” añade.

### *Mujeres y agua*

Mi abuela fue una regante también. Yo recuerdo cuando era pequeña cómo veía pasar las aguas cerca de mi casa pero no entendía cómo funcionaba todo. Más tarde, me di cuenta que yo siempre había estado rodeada por una cultura del agua.<sup>45</sup>

—Carmen Peredo

Por toda Latinoamérica y en los países en desarrollo alrededor del mundo, las mujeres siempre han tenido una fuerte conexión con el agua. Algunos estudios muestran que ellas son las principales responsables de recoger y cuidar el abastecimiento de agua para uso doméstico, particularmente en las áreas rurales.<sup>46</sup> Cuando los recursos del agua están en peligro —ya sea por contaminación, sequía o privatización— frecuentemente las mujeres son las primeras en sufrir las consecuencias. Se ven obligadas a priorizar las necesidades domésticas si el costo del agua llega a encarecerse. Inclusive las jóvenes se perjudican pues no asisten a la escuela para ayudar a sus familias a conseguir agua en tiempos de sequía o cuando los precios del líquido se elevan.

Cuando las fuerzas globales promueven la privatización de los servicios básicos en los países en desarrollo, las mujeres están entre las más perjudicadas. Cuando los recursos del agua fueron privatizados en Cochabamba, en 1999, los precios subieron un promedio de 50% y en muchos casos, aún más. Los presupuestos domésticos —que generalmente son administrados por mujeres— tuvieron que ser modificados para compensar el alto costo del agua. Aquellos precios altos del agua implicaban que el dinero ya no sería gastado en expensas para salud,

educación y alimentación. Para las mujeres más empobrecidas, dichos altos costos no eran una cuestión de prioridad en los presupuestos sino una cuestión de sobrevivencia básica.

A nivel comunitario, los sistemas de agua coordinados por mujeres como Carmen y anteriormente por su abuela fueron amenazados con su interrupción para encontrar maneras de que una entidad con fines de lucro cree un nuevo sistema de distribución que no incorporaba el conocimiento nativo transmitido por generaciones.<sup>47</sup> Queda claro que en el desarrollo de los recursos hídricos, el papel de las mujeres en su manejo y acceso debe ser tomado en cuenta si es que se pretende crear un desarrollo sustentable.

Lo que es cierto para el agua es cierto para otros recursos naturales y servicios públicos que son privatizados. Cuando la privatización de cualquier servicio básico se acompaña con un alza de precios, los grupos más vulnerables –incluyendo mujeres, indígenas y comunidades geográficamente aisladas– son los primeros que pierden. Juntando esa situación con sistemas políticos que ya excluyen aquellas voces de la toma de decisiones y el resultado se agrava.

### **Raíces de liderazgo: lo local y lo global**

Los líderes emergen en respuesta a las necesidades de la sociedad. En su forma orgánica y de base, la creación de líderes no tiene nada que ver con los seminarios de liderazgo, universidades de elite o con el trabajo corporativo. Cuando los derechos básicos de la gente para garantizar su sobrevivencia y dignidad son amenazados, los líderes dan un paso adelante para expresar aquellos sentimientos y proponer soluciones. La mayoría de los líderes de los movimientos sociales bolivianos se han puesto de pie en respuesta a las crisis, conflictos y la arraigada discriminación que han definido su historia. Muchas de aquellas luchas han estado relacionadas a la integración global de Bolivia. Así como el movimiento de cocaleros ha generado liderazgo en respuesta a las políticas de la ‘guerra contra las drogas’, así también lo hicieron las crisis del agua y la injusta discriminación contra las trabajadoras del hogar.

Las fuerzas de más allá de las fronteras de Bolivia han influido en estos líderes en muchas maneras. Han ayudado repetidamente a crear crisis y conflictos que han necesitado de nuevos líderes, desde Bartolina Sisa que resistió a los españoles hasta Carmen Peredo que luchó contra las compañías extranjeras por la privatización del agua. El descontento con los modelos económicos prescritos desde el exterior y con el ‘desarrollo’ de los 20 años pasados facilitaron el camino para la elección de la primera administración gubernamental indígena, la cual a su vez ha abierto puertas a las mujeres que han sido históricamente marginadas, tales como Casimira Rodríguez. Al mismo tiempo, uno no puede desestimar el positivo impacto que algunas fuerzas globales han facilitado a estos mismos líderes, ya sea en forma de intercambios, recursos, información y solidaridad. Como Carmen lo explicó:

“existe ese otro lado de la globalización... la globalización de la solidaridad. Es una importante cosa para nosotros, y sin embargo me doy cuenta cuán importante es que nosotros sigamos construyendo desde el nivel *local*.”

## V. Conclusiones

Las mujeres bolivianas han interesado por décadas a los visitantes, intelectuales y activistas no sólo por la vitalidad y sabiduría con la que representan a los 36 grupos culturales diferentes del país, sino porque continúan desafiando las categorías foráneas que intentan imponerles.

Las mujeres de Moxos, en el departamento de Beni, son bien diferentes a las líderes de los movimientos sociales urbanos de Cochabamba, a las mujeres profesionales urbanas de La Paz o a las tejedoras de las tierras altas quechuas de Chuñu Chuñuni. Su cultura y tradiciones no son las mismas, y los impactos del mundo globalizado varían en cada una de ellas. La diversidad que define a las mujeres bolivianas es la misma que desafía a un país como el de Bolivia para poder negociar su propia y única forma de globalización.

Sin embargo, la identidad que unifica a las mujeres a través de los distintos grupos culturales y las profundas líneas de clase es el territorio común que comparten como mujeres y madres. Frente a las fuerzas de la globalización, todas las mujeres se enfrentan a un rápido incremento del influjo de ideas sobre lo que significa relacionarse al varón, a la familia, a su trabajo y a su comunidad. Esa identidad femenina genera un fuerte vínculo, y sin embargo Bolivia nos muestra cómo las clases, etnias y la lealtad regional pueden ser una fuerza aún mucho más dominante. Culturalmente, la mayoritaria población indígena –diversa en sí misma– comparte pocos valores con una pequeña pero poderosa elite.

El poder de aquellas lealtades a lo largo de líneas culturales y de clase refuerza la enorme brecha entre aquellas mujeres bolivianas que tienen acceso a los recursos y las oportunidades y aquellas que no lo tienen. Cuando los factores globales son añadidos a semejante mezcla, ocurren dos cosas: se amplifican las desventajas para las mujeres y se intensifican las divisiones entre ellas.

Bolivia es un país que se caracteriza por tener una extrema marginalización. A través de la lente de la vida de las mujeres, vemos cómo las desventajas de las mujeres están enraizadas en el machismo junto a la arraigada discriminación entre grupos de clase y etnia. Las fuerzas globalizantes amplifican dichas desventajas. En tanto el acceso a la globalización depende, entre otras cosas, del nivel educativo, tipo de empleo y nivel de participación, quienes pierden aquí son las mujeres marginadas sin acceso a aquellas herramientas. Mientras estas desventajas se intensifican, las divisiones entre mujeres por cuestiones de clase también se hacen más marcadas.

La marginalización de las mujeres se incrementa cuando la globalización económica conlleva privatizaciones, como en el caso del agua. Las mujeres son las

más golpeadas porque están más conectadas a las necesidades básicas de la familia, como ser la provisión de agua para uso doméstico. Las mujeres de clase baja, obviamente son las más afectadas porque tienen menos recursos para compensar los altos costos de los servicios públicos privatizados. Y las mujeres indígenas rurales lo son incluso más porque se encargan del cuidado del hogar con escasísimos recursos y enfrentan con especial sensibilidad sus concepciones del conflicto –a nivel cultural– acerca de lo que significa poner el agua de la comunidad bajo el control del negocio privado extranjero. Una mujer en una sociedad machista en uno de los países más empobrecidos del continente debe soportar el mayor peso de la exclusión, cuando las fuerzas globales son incluidas en esta mezcla.

La segunda manera en que las fuerzas globales tienen impacto en las mujeres bolivianas es que intensifican las divisiones entre ellas. En Bolivia, las mujeres se identifican más fuertemente con sus comunidades, clase o regiones que con otras mujeres. Cada día la política y los conflictos locales recalcan la etnia, la clase y las divisiones regionales. Como miembros activos de los movimientos sociales –desde los regantes hasta los coccaleros– las mujeres han privilegiado la causa de su lucha por sus comunidades o clase por sobre cualquier demanda que desafíe el balance de poder existente entre varones y mujeres. En la política, las mujeres parlamentarias priorizan claramente los asuntos que benefician a sus comunidades y muestran poco interés en trabajar para cambiar las estructuras políticas que son hostiles a la participación de la mujer.

Las fuerzas globales han profundizado aquellas divisiones de dos maneras. Primero, las mujeres representan un rango de recursos y acceso a la globalización, lo cual significa que se benefician en maneras desiguales. Las mujeres de clase media y alta, que luchan por reclamar sus beneficios en los nuevos mercados y empleos móviles, pueden limitar el acceso de las mujeres con menos recursos. Cuando esas mujeres se resisten a renunciar a sus propios privilegios, es probable que se conviertan en ‘responsables’ al restringir el acceso de las mujeres que trabajan para ellas a los beneficios de la globalización. Esto puede llevar, por un lado, a la explotación y, por el otro, al resentimiento cuando las mujeres con pocos recursos ven a sus ‘responsables’ acceder a los recursos que ellas no pueden. El fenómeno del ‘responsable’ no está relegado a la esfera económica: inclusive en lo social, los líderes de base son también conocidos por explotar su condición para contar con acceso privilegiado, en detrimento de sus propias bases.

La resistencia a la integración global crea otra fuente de división. Las políticas impuestas desde el exterior han reforzado la lealtad de las mujeres con sus sectores en vez de a los temas que afrontan las mujeres en general. La sucesión de las ‘guerras’ por las drogas, el agua y el gas –todas en respuesta a la imposición extranjera– han fortalecido los movimientos sociales y sectores civiles alrededor de temas puntuales, pero simultáneamente han ahogado cualquier consideración de los temas de la mujer. La resistencia también produce una fuerte reacción en quienes generalmente apoyan la globalización. Hay puntos de vista sorprenden-

temente opuestos de cómo los bolivianos imaginan el papel de su país en una economía globalizada. En un país como Bolivia, en el que la reincidente resistencia a la globalización viene en forma de bloqueos semanales de caminos, protestas o marchas que pueden paralizar una ciudad entera, quienes apoyan la marcha de la globalización acusan a los manifestantes de retrasar el ‘progreso’ del país.

Ejemplos ajenos a la esfera económica son un recordatorio de que otros tipos de fuerzas globales –como el influjo de ideas y tradiciones culturales– pueden exacerbar las divisiones étnicas y de clase. Los intelectuales y activistas extranjeros –frecuentemente con sus homólogos bolivianos– han alienado repetidamente a las mujeres con la imposición de conceptos extranjeros sobre género. Para muchas mujeres bolivianas, el “feminismo” está estigmatizado como una mala palabra, apropiada por elites locales e intelectuales para lograr progresar en sus propias causas. Esto también ha complotado en separar, en vez de unificar, a las mujeres bajo criterios de clase.

La creación de un terreno común pese a estas influencias externas requerirá de tres iniciativas principales internas. Primera, los líderes clave –incluyendo a las mujeres líderes y sus aliados masculinos– necesitan sobrepasar las divisiones de clase y regionales para ofrecer ejemplos de unidad. Segunda, ese liderazgo necesita presentar una plataforma inicial e incluyente de prioridades basadas en acciones y no en retórica con la cual construir un diálogo entre grupos y regiones. Es probable que esto incluya prioridades nacionales tales como el mejoramiento de la educación y la participación de las mujeres en todo el país y acciones enfocadas localmente que estén adaptadas a las necesidades de cada región. Tercera, en coordinación con representantes locales, estos líderes necesitan crear un plan de acción de campañas públicas, de cabildeo político y proyectos locales que apoyen directamente la aplicación de la mencionada plataforma.

No es una tarea fácil construir solidaridad en medio de profundas divisiones. Bolivia es un país que siempre desafiará la unidad. Las fuerzas globales –desde las presiones económicas hasta las influencias políticas y diplomáticas– continuarán incitando los conflictos que profundizan las divisiones de clase, regionales y de etnia. Sin embargo, las mujeres tienen una oportunidad única de explotar una causa común para construir la unidad, en vez de profundizar las divisiones existentes. En Bolivia no es extraño que la voluntad de la gente, conectada con un destacable liderazgo, logre hacer de los sueños imposibles una realidad.





## Notas

- 1 Silvia Rivera, Ed., "Familias que no 'Conyugan' e identidades que no conjugan: La Vida en Mizque," *Ser Mujer Indígena, Chola, o Birlocha en la Bolivia Postcolonial de los años 90*, Ministerio de Desarrollo Humano, La Paz, 1996: p. 101.
- 2 Rivera, p. 102.
- 3 Severina Vargas (seudónimo), entrevista con la autora, Cochabamba, 4 de diciembre, 2006.
- 4 José Luis Eyzaguirre, *Composición de los ingresos familiares de campesinos indígenas: un estudio en seis regiones de Bolivia*, La Paz: Plural editores, 2005: p. 205.
- 5 Eyzaguirre, p. 16.
- 6 Este es una estimación conservadora que incluye a las mujeres agricultoras rurales (los campesinos forman 40% de toda la población) y se calcula que 74% (CEPAL) de las mujeres trabajan en la economía informal. Ver Organización Internacional del Trabajo (OIT), "Mujeres y hombres: la economía informal," Ginebra, 2000: <http://www.ilo.org/public/english/employment/gems/download/women.pdf>.
- 7 Estadísticas tomadas de las siguientes fuentes en este orden: Comisión Económica Para América Latina y El Caribe (CEPAL), *Panorama social de América Latina, 1999-2000*; Instituto Nacional de Estadísticas (INE), 2002; Jaques Charmes, *Women and Men in the Informal Economy: a Statistical Picture* (Mujeres y hombres en la economía informal: cuadro estadístico), OIT, Lima 1994-2000, citado por el Instituto Laboral Global (ILG): [http://www.global-labour.org/la\\_economia.informal.htm](http://www.global-labour.org/la_economia.informal.htm).
- 8 Cristina Echavarría, "La formalización del artesano y la minería en pequeña escala," Copia oficial del discurso: [http://www.idrc.ca/en/ev-61463-201-1-DO\\_TOPIC.html](http://www.idrc.ca/en/ev-61463-201-1-DO_TOPIC.html).
- 9 Caitlin Esch, Entrevistas informales, El Centro para la Democracia, Cochabamba: octubre, 2006. Información completa disponible si se contacta con [libro@democracyctr.org](mailto:libro@democracyctr.org).
- 10 Grace Goodell, "The Cloth of the Quechuas," (El tejido de los quechuas), *Natural History*, diciembre de 1969: p. 48.
- 11 Eyzaguirre, p. 80.
- 12 ProActiva Consultores. *Informe Preliminar: Fortalecimiento de la Asociación de Artesanos Andinos de Los Municipios de Arque, Tacopaya y Tapacarí*, no publicado, Cochabamba, octubre, 2004: p. 15.
- 13 Estudio basado en seis regiones. Eyzaguirre, p. 49.
- 14 Patricio Mamani, entrevista con la autora, Cochabamba, 22 de febrero, 2007.
- 15 Virginia Mamani, entrevista con la autora, Chuñu Chuñuni, 5 de agosto, 2006.
- 16 Severina Vargas (seudónimo,) entrevista con la autora, Cochabamba, 4 de diciembre, 2006.
- 17 "La situación de las mujeres en Bolivia," UNICEF, accedido el 17 de marzo, 2007 en: [http://www.unicef.org/bolivia/children\\_1538.htm](http://www.unicef.org/bolivia/children_1538.htm).
- 18 Olivia Román Arnés, entrevista con la autora, Cochabamba, 4 de agosto, 2006.
- 19 Rivera, p. 23.
- 20 Entrevista de la autora con grupo de mujeres tejedoras de la Asociación de Artesanos Andinos, Chuñu Chuñuni, 6 de agosto, 2006.
- 21 Esto incluye alternativas de desarrollo en el Chapare, proyectos para las trabajadoras del hogar en Cochabamba y un 'Club de Madres' documentado en Qaqachaka, Rivera, p. 25.
- 22 María Choque (seudónimo), entrevista con la autora, Cochabamba, 15 de agosto, 2006.
- 23 María Choque (seudónimo), entrevista con la autora, Cochabamba, 15 de agosto, 2006 y estadísticas de Michelle Hall-Wallace, "Minerals from the Andes: Emeralds, Golds and Silver from the Sky," (Minerales de los Andes: esmeraldas, oro y plata del cielo), *Rocks and Minerals*, enero, 2003: <http://www.encyclopedia.com/doc/1G1-96194330.html>.
- 24 Ibid.
- 25 "Quitarles la máscara de invisibilidad: Los trabajadores de domicilio y la economía mundial," *Género, formación y trabajo*, Organización Internacional del Trabajo, CINTREFOR: <http://>

- www.cinterfor.org.uy/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/gender/doc/cinter/pacto/cue\_gen/tra\_dom.htm.
- 26 Greenhouse, Steven. "Labor Union, Redefined, for Freelance Workers" (Sindicato laboral para los trabajadores independientes), *The New York Times*, 27 de enero, 2007: <http://www.nytimes.com/2007/01/27/us/27freelance.html?ex=1183608000&en=7fa478324387b94e&ei=5070>.
  - 27 Claudia López, entrevista con la autora, Cochabamba, 30 de junio, 2007.
  - 28 "Andean Trade Benefits Expiring" (La expiración de los beneficios del comercio andino), Newsletter of the U.S. Labor Education in the Americas Project (Carta de noticias de Estados Unidos, del Proyecto de Educación Laboral en las Américas), octubre, 2006: <http://usleap.org/node/34>.
  - 29 "Más de 30 mil bolivianos viajaron a España en los últimos dos meses," *Opinión*, 8 de enero, 2007.
  - 30 UNICEF, "La Situación de las Mujeres en Bolivia," 2001: [http://www.unicef.org/bolivia/children\\_1538.htm](http://www.unicef.org/bolivia/children_1538.htm)
  - 31 Rosa Hernández (seudónimo), entrevista con la autora, Cochabamba, 14 de agosto, 2006.
  - 32 María Teresa Hosse, entrevista con la autora, Cochabamba, 18 de octubre, 2006.
  - 33 "Nietas herederas de Bartolina Sisa rinden homenaje," *Boletín Red-Ada*, No. 53, enero-agosto 2006: p. 16.
  - 34 Citado en June Nash, *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines* (Nosotros comemos las minas y las minas nos comen: Dependencia y explotación en las minas del estaño boliviano), Columbia University Press: Nueva York, 1993: p. 115.
  - 35 Sonia Brito Sandoval, *Mujeres indígenas protagonistas de la historia*, Tijaraipa: La Paz, 1998: pp. 46-47.
  - 36 Isabel Domínguez, entrevista personal con la autora, Cochabamba, 15 de marzo, 2003.
  - 37 La versión personal de esta sección es extraída de una serie de entrevistas formales e informales: Casimira Rodríguez, de entrevistas con la autora, Cochabamba, 15 de noviembre, 2006 y 4 de marzo, 2007.
  - 38 Dr. William Douglas, entrevista personal con la autora, Washington DC, 22 de febrero, 2005.
  - 39 Denise Arnold y Juan de Dios Yapita, "Los caminos de género en Qaqachaka," *Ser mujer indígena, chola, o birlocha en la Bolivia Postcolonial de los años 90*, Ministerio de Desarrollo Humano, La Paz: 1996: p. 309.
  - 40 CONLACTRAHO, *Las Condiciones de vida de las trabajadoras del hogar en la ciudad de La Paz, Bolivia*, Organización Internacional de Trabajo, La Paz, 2003: p. 27; Elsa Chaney y Mary García Castro, Eds., *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadibina, sirvienta y... nada más: trabajadoras del hogar en América latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad: ciudad de México, 1993: p. 14.
  - 41 Casimira Rodríguez, entrevistas con la autora, Cochabamba, 4 de marzo, 2006.
  - 42 Ramiro Sánchez (seudónimo), entrevista con la autora, Cochabamba, 10 de diciembre, 2006.
  - 43 Entrevista personal con Margaret Foggarty, Cochabamba, 26 de marzo, 2007.
  - 44 Los detalles personales de esta sección fueron tomados de una entrevista personal, Cochabamba, 13 de diciembre, 2006.
  - 45 Carmen Peredo, entrevista con la autora, Cochabamba, 13 de diciembre, 2006.
  - 46 Renu Mandhane, "What is the Effect of Water Privatization on the Right to Water?" (¿Cuál es el efecto de la privatización del agua sobre el derecho al agua?), Association for Women's Rights in Development (Asociación de los derechos de la mujer en el desarrollo): <http://www.awid.org/go.php?stid=822>.
  - 47 Elizabeth Peredo, "Las mujeres del valle de Cochabamba: agua, privatización y conflicto," Fundación Solón: La Paz, 2003: p. 7.